

R. L. STINE

pesadillas

Melodía siniestra

¡Tocad, manos, tocad!



Jerry encuentra un viejo piano en el desván de su nuevo hogar y sus padres tienen la buena idea de pagarle unas clases de música. A él le parece genial, pero enseguida advierte que hay algo perverso en el profesor Tetrikus. Algo realmente maléfico. Entonces empieza a oír historias terroríficas sobre los alumnos de la academia de música y sobre su profesor Tetrikus, sobre chicos y chicas que entraron allí para aprender a tocar el piano... y que jamás volvieron a salir.



R. L. Stine

Melodía siniestra

Pesadillas — 13

ePub r1.2

javinintendero 05.07.14

Título original: *Goosebumps #13: Piano Lessons Can Be Murder*

R. L. Stine, 1993

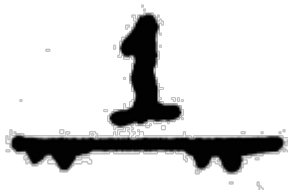
Traducción: Judit Cusidó

Editor digital: javinintendero

Digitalización del texto: Rayul

ePub base r1.0





Cuando me enteré de que nos mudábamos, me puse de muy mal humor. Pero, en realidad, resultó divertido.

¡Menuda broma les gasté a papá y mamá!

Mientras ellos estaban en el vestíbulo, mostrándoles a los de la mudanza dónde debían colocar las cosas, yo aproveché para explorar la casa. Al lado del comedor encontré una habitación vacía. Tenía dos grandes ventanales que daban al patio trasero y por los que entraba la luz del sol a raudales. Esto la convertía en una habitación mucho más alegre que el resto de esa vieja casa.

Aquella iba a ser nuestra nueva sala de estar. O sea, la de la televisión, el equipo de música y, quizá, la mesa de pimpón. Por ahora, sin embargo, estaba absolutamente vacía, a excepción de las dos bolas grises de pelusa que había en uno de los rincones. Al verlas se me ocurrió una idea.

Me agaché, reprimiéndome la risa, y las moldeé con las manos. A continuación, me puse a chillar como un loco:

—¡Socorro! ¡Ratas! ¡Ratas!

Papá y mamá irrumpieron en la habitación al instante. Se quedaron boquiabiertos al descubrir las dos ratas grises como el polvo.

—¡Ratas! ¡Ratas! —continué chillando como si estuviera aterrorizado, al tiempo que me esforzaba por aguantar la risa.

Mamá se quedó en la entrada, estupefacta. Pensé que iba a desmayarse.

Papá, que suele ponerse más nervioso que ella, cogió una escoba

que estaba apoyada en la pared. Atravesó la habitación y empezó a aporrear a las pobres e indefensas ratas.

Entonces ya no pude más; estallé en carcajadas.

Papá se quedó mirando la masa de pelusa pegada a la escoba y, de golpe, comprendió que todo había sido una broma. Su cara enrojeció y parecía que los ojos se le iban a salir de detrás de las gafas.

—Muy gracioso, Jerome... —dijo mamá fríamente, con cara de pocos amigos.

Todos me llaman Jerry pero, cuando mamá se enfada, me llama Jerome.

—A tu padre y a mí nos encanta que nos hayas dado un susto de muerte. Especialmente después del día que hemos tenido, con los nervios del traslado.

Mamá siempre es así de sarcástica. Me parece que yo he heredado su sentido del humor. Papá, en cambio, se rascó la cabeza mientras murmuraba:

—Parecían ratas de verdad... —No estaba enfadado, está acostumbrado a mis bromas. En realidad, los dos lo están.

—¿Por qué no puedes comportarte como un niño de tu edad? —preguntó mamá, sacudiendo la cabeza.

—¡Pero si ya lo hago! —repliqué—. Sólo tengo doce años y me comporto como un niño de mi edad. Si no puedes gastarles bromas a tus padres e intentar divertirte un poco a los doce, ¿cuándo vas a poder hacerlo?

—No te pases de listo —dijo papá con una mirada severa—. Tenemos mucho trabajo que hacer, Jerry, y tienes que ayudarnos. —A continuación me alargó la escoba.

—¡Papá —exclamé levantando los brazos y dando un salto hacia atrás como protegiéndome de aquel artificio—, ya sabes que soy alérgico!

—¿Alérgico al polvo? —preguntó.

—¡No! Alérgico al trabajo.

Creí que se reirían, pero abandonaron la habitación enfadados y refunfuñando:

—Al menos, encárgate de *Bonkers*; que no moleste a los de la mudanza.

—Claro, por supuesto —respondí. *Bonkers* es nuestra gata y, cuando quiere molestar, no hay quien la pare.

Me gustaría que quedara claro desde ahora mismo que, de entre los miembros de la familia, *Bonkers* no es precisamente la que mejor me cae. En realidad, cuanto más lejos esté de ella, mejor.

Parece que nadie le ha explicado nunca a esa gata estúpida que es un simple animal doméstico y no, como ella cree, un vampiro o un tigre salvaje que va comiéndose a la gente. Su número favorito consiste en subirse al respaldo de la silla o a la estantería más alta y saltarte encima clavándote las garras. He perdido la cuenta de las camisetas que tengo hechas jirones por culpa de esta manía suya.

Y eso sin contar las marcas de arañazos que tengo por todo el cuerpo.

Esa gata es un bicho repugnante, una sanguinaria.

Es de color negro y tiene una mancha blanca en uno de los ojos. Papá y mamá están convencidos de que es maravillosa. Siempre la están mimando y diciéndole lo bonita que es, a lo que *Bonkers* responde con arañazos. Pero ellos nunca aprenden.

Creí que, con el jaleo de la mudanza, *Bonkers* se perdería en el camino, pero no. No hubo manera de librarse de ella. Mamá se aseguró de que *Bonkers* fuera la primera en subir al coche, justo a mi lado. Y, por supuesto, la gata vomitó en el asiento, como de costumbre. ¿Pero, desde cuándo un gato se mareo en el coche? Estoy seguro de que lo hace a propósito porque es una gata vil y repugnante.

Sea como fuere, no hice caso de la orden de mamá de encargarme de *Bonkers*. Por el contrario, entré en la cocina y abrí la puerta que daba al patio con la esperanza de que tal vez la gata saldría corriendo y se perdería. Después continué explorando.

La otra casa era muy pequeña, pero moderna. En cambio, ésta era vieja y destartada. El suelo de madera crujía. Las ventanas chirriaban. La casa parecía gemir a cada paso que daba. Era, sin embargo, muy grande. Descubrí un montón de estancias pequeñas y escondrijos de todas clases. En el piso de arriba había un armario que era tan grande como mi antigua habitación.

Mi nuevo dormitorio estaba en la segunda planta, al final del pasillo. En la misma planta había otras tres habitaciones y un baño.

No sabía lo que mis padres iban a hacer con tantas habitaciones, y decidí sugerirles que me dejaran una para el Nintendo. Se podría instalar una pantalla gigante de televisión para los videojuegos. ¡Sería genial!

Imaginar cómo sería mi nueva sala de videojuegos me animó un poco. No resulta fácil cambiar de casa y de ciudad, todo a la vez.

Aunque no soy de esos niños que siempre están llorando, tengo que admitir que dejar Cedarville me puso muy triste. Lo peor de todo fue tener que despedirme de mis amigos, sobre todo de Sean.

Sean es un tipo sensacional. A papá y mamá no les gusta demasiado porque siempre arma mucho jaleo y suelta eructos. Pero es mi mejor amigo. Mejor dicho, era mi mejor amigo.

Aquí, en New Goshen, aún no conozco a nadie.

Mamá dijo que Sean podía venir a pasar unas semanas con nosotros en verano, lo cual fue todo un detalle por su parte, teniendo en cuenta lo mucho que detesta sus eructos. Aunque aquello tampoco consiguió animarme demasiado.

Explorar la nueva casa me hacía sentir algo mejor. Pensé que la habitación contigua a la mía podría ser el gimnasio. Compraríamos todos esos fantásticos aparatos para hacer ejercicio que salen en la tele.

No podía entrar en mi habitación porque los de la mudanza estaban descargando cosas. Fui a abrir la puerta de lo que creí que era un armario empotrado, pero, para mi sorpresa, vi que había una escalera estrecha de madera. Supuse que llevaba al desván de la casa.

¡Un desván!

Nunca había tenido una casa con desván. Pensé entusiasmado que debía de estar lleno de toda clase de cosas antiguas y estupendas. Quizá los anteriores inquilinos habían dejado allí su vieja colección de tebeos, que ahora valdría una fortuna.

Estaba subiendo la escalera cuando oí la voz de papá que decía:

—¡Jerry! ¿A dónde vas?

—Arriba —respondí. ¡Qué pregunta! Estaba claro.

—No deberías subir solo ahí arriba.

—¿Por qué no? ¿Es que hay fantasmas o qué? —le pregunté.

Oí crujir los escalones de madera bajo sus pies. Subió tras de mí

al desván.

—¡Qué calor hace aquí! —comentó, colocándose bien las gafas—. Huele a cerrado.

Tiró de una cadena que colgaba del techo y se encendió una bombilla, que proyectó sobre nosotros una pálida luz amarilla.

Eché un vistazo a la estancia. Era alargada y de techo bajo, inclinado por ambos lados. Yo no soy muy alto pero podía tocarlo con la mano. En las paredes había unas pequeñas ventanas redondas, tan sucias de polvo que apenas dejaban pasar algo de luz.

—Está vacío —rezongué desilusionado.

—Aquí guardaremos los trastos viejos —dijo papá mirando alrededor.

—¡Eh! ¿Qué es eso? —Descubrí algo en la pared del fondo y fui rápidamente a ver qué era. El suelo de madera crujió bajo mis zapatillas deportivas.

Una tela acolchada de color gris cubría algo que parecía muy grande. «Tal vez sea el cofre de un tesoro», pensé.

Desde luego, imaginación no me falta.

Papá estaba justo detrás de mí cuando agarré la pesada tela con las dos manos y tiré de ella. Debajo apareció un piano negro y reluciente.

—¡Caramba! —exclamó papá rascándose la calva—. ¿Por qué lo habrán dejado aquí abandonado?

Me encogí de hombros.

—Parece nuevo —dije yo. Toqué algunas teclas—. Suena bien.

Papá hizo lo mismo.

—Es un buen piano —comentó pasando suavemente la mano sobre el teclado—. Me pregunto por qué está aquí arriba, tan escondido.

—Es un poco extraño —admití.

Más adelante iba a descubrir lo extraño que realmente era.

Aquella noche no pude dormir. No hubo manera de conciliar el sueño.

Estaba acostado en mi cama, la misma en la que dormía en la otra casa. Pero la habitación, las paredes... todo era diferente. La luz que provenía del porche trasero de los vecinos se filtraba a

través de la ventana, que el viento hacía vibrar. En el techo, sombras tenebrosas que se movían de un lado a otro.

Pensé que nunca sería capaz de dormir en aquella habitación. Era demasiado diferente, demasiado tétrica, demasiado grande.

«¡No conseguiré dormir durante el resto de mi vida!», me dije.

Permanecí acostado, con los ojos abiertos como platos, contemplando aquellas extrañas sombras en el techo, y justo en el momento en que empezaba a relajarme, cuando creía que finalmente podría dormir un poco, oí una música. Música de piano.

Al principio pensé que provenía de fuera, pero enseguida me di cuenta de que provenía del piso de arriba. ¡Del desván!

Me incorporé y presté atención un momento. Estaba seguro. Arriba sonaba una pieza de música clásica o algo parecido. Salí de la cama de un salto.

¿Quién estaría tocando el piano en el desván a esas horas? No podía ser papá. Él no tiene ni idea.

Y lo único que sabe tocar mamá es «Navidad, dulce Navidad», y no muy bien que digamos.

Quizá fuera *Bonkers*.

Permanecí de pie y escuché. La música continuaba sonando, suavemente. Aun así, podía oír todas y cada una de las notas.

Empecé a andar hacia la puerta y tropecé con una caja, todavía por desembalar.

—¡Aah! —grité agarrándome el pie y dando brincos hasta que, poco a poco, el dolor se me fue pasando.

Sabía que papá y mamá no me habían oído, ya que su dormitorio estaba en el piso de abajo.

Contuve la respiración y escuché. El piano seguía sonando.

Despacio y con cuidado, salí al pasillo. Iba descalzo y el suelo estaba muy frío.

Abrí la puerta que llevaba al desván y me introduje en la oscuridad.

Una melodía triste, muy lenta, muy suave, flotaba en el aire.

—¿Quién..., quién hay ahí? —tartamudeé.

2

La triste melodía se deslizaba suavemente por la estrecha y oscura escalera donde yo me encontraba.

—¿Quién hay ahí? —repetí con la voz algo temblorosa.

Tampoco esta vez obtuve respuesta.

Subí unos escalones más, completamente a oscuras, sin dejar de mirar hacia arriba.

—Mamá, ¿eres tú? ¿Papá?

Nadie respondió.

La música seguía sonando, triste, lentamente. Casi sin darme cuenta de lo que hacía, continué subiendo. A cada paso que daba, la madera crujía bajo mis pies desnudos.

Al llegar al final de la escalera, el aire se hizo más caluroso y sofocante. Cuando entré en el oscuro desván, la música me envolvió al instante. Las notas parecían provenir de todas partes.

—¿Hay alguien? —pregunté con voz aguda y penetrante. Creo que estaba un poco asustado—. ¿Quién hay ahí?

Algo me rozó la cara y casi me muero del susto.

Tardé un largo y estremecedor instante en darme cuenta de que se trataba de la cadena para encender la bombilla que pendía del techo.

Tiré de ella. Una claridad tenue y amarillenta iluminó el largo y estrecho desván.

La música cesó.

—¿Quién hay ahí? —grité mirando de soslayo hacia la pared del fondo donde estaba el piano.

No había nadie.

No había nadie sentado al piano.

Reinaba un silencio absoluto. Lo único que lo rompía era el crujir de las tablas de madera bajo mis pies mientras me acercaba al piano. Lo miré fijamente y observé el teclado.

No sé exactamente qué esperaba ver, pero estaba seguro de que alguien había estado tocando el piano hasta el instante mismo en que encendí la luz. Pero, ¿dónde se había metido?

Me agaché y busqué bajo el piano.

Era una tontería, pero en aquel momento no podía pensar con claridad. El corazón me latía muy rápido y, en un instante, por mi mente cruzaron mil pensamientos extravagantes.

Me apoyé en el piano y examiné el teclado, pensando que tal vez se trataba de uno de aquellos antiguos pianos que tocan solos. Una pianola como las que a veces salen en los dibujos animados. Pero no, tenía el aspecto de un piano normal y corriente; no observé nada especial en él.

Me senté en la banqueta y, al momento, pegué un salto. ¡La banqueta del piano estaba caliente, como si alguien hubiera estado sentado en ella durante un buen rato!

—¡Ah! —grité, mirando con sorpresa la banqueta negra y reluciente.

Me agaché y pasé la mano. Realmente, estaba caliente.

Entonces caí en la cuenta de que hacía mucho más calor en el desván que en el resto de las habitaciones de la casa. Daba la sensación de que el calor subía hacia arriba y quedaba allí estancado.

Me volví a sentar y esperé a que mi corazón recuperara su ritmo normal.

«¿Qué está pasando aquí?», me pregunté, dirigiendo de nuevo la mirada al piano. Su madera negra era tan refulgente que podía ver mi rostro reflejado en él. El rostro de un niño asustado.

Puse las manos sobre el teclado y toqué un par de notas con suavidad.

Sabía perfectamente que, unos minutos antes, alguien había estado tocando aquellas mismas teclas.

Pero, ¿cómo había logrado desvanecerse en el aire delante de

mis narices sin que yo le viera?

Toqué unas notas que resonaron en la larga sala vacía.

De repente, oí un fuerte crujido que venía de la escalera.

Me quedé helado.

Otro crujido. Un paso.

Me levanté y comprobé, asustado, que me temblaban las piernas.

Me paré a escuchar. Estaba tan atento que podía oír hasta el silbido del aire.

Otro paso. Más fuerte. Más cerca.

Alguien estaba en la escalera. Alguien subía al desván.

Alguien venía a por mí.

3

Crac, crac.

Oía los pasos cada vez más cerca.

Me quedé sin respiración. Sentía una fuerte opresión en el pecho.

Aterrorizado, aún frente al piano, busqué un lugar donde ocultarme. Pero, evidentemente, no había ninguno, el desván estaba vacío.

Crac, crac.

De repente, vi angustiado que una cabeza asomaba por el hueco de la escalera.

—¡Papá! —grité.

—¡Jerry! ¿Qué demonios estás haciendo aquí arriba?

Papá entró en el desván. Su escaso cabello castaño estaba alborotado y llevaba el pantalón del pijama mal puesto, con una de las perneras arremangada hasta la rodilla. Me miró entornando los ojos, pues no llevaba las gafas.

—Papá... papá, yo pensaba que... —balbucí. Sabía que todo aquello le parecería ridículo pero, qué caramba, yo estaba asustado.

—¿Sabes qué hora es? —me preguntó enfadado. Se miró la muñeca pero no llevaba puesto el reloj—. ¡Es tardísimo, Jerry!

—Ya... ya lo sé, papá —admití empezando a calmarme. Me acerqué a él—. Verás, oí música de piano y pensé que...

—¿Cómo dices? —Abrió los oscuros ojos de golpe. Y, boquiabierto, me preguntó—: ¿Qué es lo que has oído?

—Música de piano —repetí—. Aquí, en el desván. Por eso he

subido, para ver qué pasaba y...

—¡Jerry! —estalló papá. Empezó a ponerse rojo—. ¡Es muy tarde para otra de tus bromitas!

—Pero, ¡papá! —protesté.

—Tu madre y yo nos hemos matado a trabajar, desembalando y arrastrando muebles de un sitio a otro todo el día —dijo papá suspirando de cansancio—. Tanto ella como yo estamos agotados, Jerry. Ya deberías imaginarte que no estamos de humor para bromas. Mañana tengo que levantarme temprano para ir a trabajar y necesito dormir.

—Lo siento mucho, papá —dije en voz baja. Vi claramente que no conseguiría que creyera la historia del piano.

—Comprendo que mudarte a una nueva casa te haya alterado un poco —añadió papá poniéndome la mano en el hombro—. Venga, vuelve a tu habitación, que tú también necesitas dormir.

Me volví para mirar el piano, que lanzaba destellos bajo la tenue luz amarilla. Como si respirara, como si estuviera vivo. Me lo imaginé moviéndose, persiguiéndome por las escaleras.

«¡Qué ideas más extrañas y absurdas se me ocurren! Debo de estar más cansado de lo que pensaba.»

—¿Te gustaría aprender a tocar el piano? —me preguntó papá súbitamente.

—¿Cómo? —La pregunta me cogió por sorpresa.

—Que si te gustaría aprender a tocar el piano. Podríamos bajarlo al salón; allí hay espacio suficiente.

—Bueno... vale —respondí—. Sí, no es mala idea.

Retiró la mano de mi hombro, se arregló el pantalón del pijama y empezó a bajar las escaleras.

—Mañana lo hablaré con tu madre —dijo—. Estoy seguro de que le encantará la idea. Siempre ha querido tener en la familia alguien con aptitudes musicales. Apaga la luz, ¿quieres?

Obedecí, y tiré de la cadenita. El desván quedó tan oscuro que me sobrecogió. Apuré el paso y, arrimado a mi padre, bajé las escaleras.

De nuevo en la cama, me cubrí hasta la barbilla con la manta porque hacía frío en la habitación.

Fuera, el viento invernal soplaba muy fuerte. El cristal de la

ventana vibraba como si estuviera temblando.

Tal vez fuera divertido tomar clases de piano. Siempre que me dejaran aprender a tocar rock, claro, y no ese rollo empalagoso de la música clásica.

Después de unas cuantas clases, quizá podría comprarme un sintetizador. Y dos o tres teclados.

Y conectarlos al ordenador.

Y, entonces, incluso podría componer. ¡Y hasta formar un grupo!
¡Sí! ¡Sería fantástico!

Cerré los ojos. El cristal de la ventana volvió a agitarse. La vieja casa parecía gemir.

«Ya me acostumbraré a todos estos ruidos. Me adaptaré a vivir aquí. Unas noches más y dormiré como un lirón», pensé.

Justo cuando empezaba a conciliar el sueño, oí de nuevo la triste melodía del piano.

4

El lunes por la mañana me levanté muy temprano. Todavía no había desembalado la caja donde estaba mi despertador en forma de gato que movía la cola y los ojos, pero sabía que era temprano por la poca luz que entraba por la ventana.

Me vestí rápidamente. Me puse los vaqueros viejos y un jersey verde oscuro que no estaba demasiado arrugado. Era mi primer día de clase en la nueva escuela y estaba algo nervioso.

Me entretuve peinándome más tiempo del habitual. Tengo el cabello castaño y encrespado y me lleva mucho tiempo alisármelo para que me quede como a mí me gusta.

Cuando acabé de arreglarme, salí al pasillo, en dirección a las escaleras. La casa todavía estaba oscura y en silencio.

Al llegar frente a la puerta que conducía al desván me detuve. Estaba abierta de par en par.

¿No la había cerrado anoche?

Sí. Recordé con claridad que la había dejado cerrada. Y, ahora, estaba completamente abierta. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Me aseguré de que la puerta quedara bien cerrada.

«Jerry, tranquilo —dije para mis adentros—. Tal vez el cerrojo esté un poco flojo y haga que la puerta no cierre bien del todo. Recuerda que es una casa muy vieja.»

Había estado pensando en lo sucedido con el piano la noche anterior. Tal vez hubiera un agujero en la ventana del desván, y el viento, al entrar por él, produjera aquellas notas al pasar entre las cuerdas del piano.

Quería creer que había sido el viento el causante de aquella triste melodía. Quería creerlo así, por lo que no le di más vueltas.

Volví a comprobar que el cerrojo de la puerta estuviera echado y bajé a la cocina.

Papá y mamá estaban aún en su habitación. Oí cómo se vestían.

La cocina estaba a oscuras y hacía frío. Quería encender la calefacción pero no sabía dónde estaba el termostato.

Aún no habíamos desempaquetado los cacharros de cocina. Las cajas, con los platos, los vasos y todo lo demás estaban amontonadas junto a la pared.

Oí acercarse a alguien.

Al lado de la nevera había una caja grande y vacía que me dio una idea. Reprimiéndome la risa, me metí dentro y cerré la tapa.

Contuve la respiración y esperé.

Se oyeron pasos en la cocina pero no sabía si se trataba de papá o de mamá.

El corazón me latía con fuerza. Continué aguantando la respiración porque sabía que, si no, estallaría de risa.

Fuera quien fuera, pasó al lado de la caja y se dirigió al fregadero. Oí correr el agua. Alguien llenaba un recipiente.

Pasos hacia los fogones.

Ya no podía esperar más.

—¡SORPRESA! —grité poniéndome en pie.

Con un grito de espanto, papá dejó caer la tetera que tenía en la mano y que fue a aterrizar sobre su pie. Se puso a dar saltos sujetándose y lanzando alaridos de dolor, en medio de un charco de agua.

Me dio un ataque de risa. Tendríais que haber visto la cara de papá cuando me vio salir de la caja. Creí que se moría.

Mamá irrumpió en la cocina todavía a medio vestir.

—¿Qué demonios pasa aquí? —preguntó.

—Jerry y otra de sus estúpidas bromas —gruñó papá.

—¡Jerome! —gritó mamá al ver encharcado el suelo de la cocina —. A ver si nos dejas un poco tranquilos, hijo.

—Yo sólo quería que empezara el día con buen humor... —dije con una sonrisita. Siempre se quejan pero, en el fondo, están acostumbrados a mi retorcido sentido del humor.

Aquella noche, volví a oír el piano.

No podía ser el viento porque la melodía era la misma que la de la noche anterior.

Me puse a escuchar unos minutos. La música procedía, sin duda, del piso de arriba.

¿Quién podría ser? ¿Quién estaría tocando?

Pensé en salir de la cama e ir a investigar, pero hacía demasiado frío en la habitación y estaba muy cansado después del primer día de clase, así que me cubrí la cabeza con la manta para no oír la música y pronto me quedé dormido.

—¿Oíste el piano anoche? —le pregunté a mamá.

—Cómete los cereales —contestó ella secamente. Se anudó el albornoz y se sentó junto a mí a la mesa de la cocina.

—¿Cómo es que hoy toca cereales? —refunfuñé removiendo con desgana el contenido de la taza.

—Ya conoces las reglas —dijo—. El chocolate y todo eso, sólo los fines de semana.

—Vaya regla más estúpida —repliqué en voz baja.

—No empieces otra vez —se quejó mamá llevándose las manos a las sienes—. Esta mañana tengo una terrible jaqueca.

—Ah... Por la música de piano, ¿no? —le pregunté.

—Y dale con la música de piano... —respondió irritada—. ¿De qué música estás hablando?

—¿No la oíste? ¡El piano del desván! Alguien lo estuvo tocando anoche.

Mamá se levantó:

—Jerry, por favor. Esta mañana no estoy para bromas, ¿vale? Ya te he dicho que me duele la cabeza.

—¿Qué estabais diciendo del piano? —Papá entró en la cocina con el periódico bajo el brazo—. He quedado con los de la mudanza para que lo bajen esta tarde a la sala de estar.

Papá me dirigió una sonrisa:

—Ya puedes ir ejercitando las manos, Jerry.

—¿De verdad estás interesado en tocar el piano? —preguntó mamá con una mirada escéptica, mientras se servía una taza de café—. ¿Te vas a tomar en serio las clases?

—¡Claro! —respondí—. Bueno, supongo...

Cuando volví de la escuela, ya estaban en casa los dos hombres encargados de trasladar el piano. No eran muy altos pero parecían fuertes.

Subí al desván y observé cómo lo cargaban. Mientras, en la sala de estar, mamá le hacía sitio apartando las cajas.

Los hombres utilizaron cuerdas y una plataforma rodante. Inclinaron el piano hacia un lado y, después, lo montaron sobre la plataforma.

No les fue nada fácil bajarlo por la escalera, ya que ésta era muy estrecha y no podían evitar que el piano chocara contra las paredes, a pesar del cuidado con que lo transportaban.

Cuando por fin llegaron abajo, estaban exhaustos y sudorosos. Los seguí mientras empujaban la plataforma a través de las habitaciones de la casa.

Mamá salió de la cocina con las manos en los bolsillos de los vaqueros y vio, desde la puerta, cómo entraban el piano en la sala.

Con gran esfuerzo, lo levantaron para quitar la plataforma de debajo. La madera negra relucía bajo la luz del sol que penetraba por la ventana.

Cuando empezaban a depositarlo en el suelo, mamá lanzó un chillido.

5

—¡La gata! ¡La gata! —gritó mamá con la cara desencajada.

Efectivamente, *Bonkers* estaba justo en el lugar donde aquellos hombres iban a colocar el piano.

Lo soltaron de golpe, pero *Bonkers* pudo escapar a tiempo.

«¡Qué lástima! —pensé sacudiendo la cabeza—. Ha estado a punto de recibir su merecido.»

Los dos hombres se disculparon, secándose la frente con un pañuelo, mientras intentaban recobrar el aliento.

Mamá corrió hacia *Bonkers* y la cogió en brazos:

—¡Mi pobre gatita!

Por supuesto, *Bonkers* le dio un zarpazo, arrancándole varios hilos de la manga del jersey. Mamá la dejó en el suelo y el animal salió disparado de la habitación.

—Está un poquito nerviosa por estar en una casa nueva —les explicó mamá a los dos trabajadores.

—Siempre hace lo mismo —les dije yo.

Unos minutos más tarde, los hombres se habían ido. Mamá estaba en su habitación, intentando arreglar el jersey. Y yo estaba solo en la sala de estar, con el piano.

Me senté en la banqueta y me deslicé delante y atrás sobre la madera resbaladiza y pulida.

Se me ocurrió una nueva broma. Me sentaría en la banqueta a tocar el piano para papá y mamá y, como era tan resbaladiza, me iría cayendo al suelo una y otra vez.

Practiqué durante un buen rato. Fue divertido.

Hacer ver que me caigo es una de mis bromas favoritas y no es tan fácil como parece.

Después de un rato, me cansé de tanto caerme y levantarme. Intenté tocar una canción probando las teclas hasta dar con las correctas. Empezó a atraerme la idea de aprender a tocar el piano.

Pensé que sería divertido.

Estaba equivocado. Muy equivocado.

El sábado por la tarde estaba mirando por la ventana de una de las habitaciones de la casa. Era un día gris y nublado. Parecía que iba a nevar.

Vi al profesor de piano caminando hacia la entrada. Llegó a la hora exacta, las dos en punto.

Me pegué al cristal y observé que se trataba de un hombre corpulento, más bien gordo. Llevaba un abrigo de color rojo que le llegaba hasta los pies. Tenía el cabello blanco y abundante. De lejos, parecía Santa Claus.

Caminaba de un modo extraño, muy erguido, como si tuviera artritis en las rodillas o algo así.

Papá lo había encontrado a través de un pequeño anuncio en las últimas páginas del periódico local. El anuncio decía:

ACADEMIA TETRIKUS

Un método revolucionario para aprender
a tocar el piano.

Como aquél era el único anuncio de un profesor de piano que venía en el periódico, papá se puso en contacto con él.

Papá y mamá lo recibieron en la entrada, cogiendo su pesado abrigo rojo e invitándole a pasar.

—Jerry, éste es el profesor Tetrikus —dijo papá indicándome con un gesto que me acercara a ellos.

El profesor me sonrió:

—Hola, Jerry.

Realmente, se parecía a Santa Claus, salvo que no llevaba barba, sólo bigote. Tenía los mofletes redondos y sonrosados y una sonrisa amistosa y agradable. Al saludarme, sus ojos azules parecieron titilar. Llevaba una camisa blanca, que parecía que iba a romperse

debido a su enorme barriga, y unos pantalones abombados de color gris.

Di un paso hacia delante y le estreché la mano. La tenía grande y fofa.

—Encantado de conocerle, profesor Tetrikus —dije amablemente.

Papá y mamá intercambiaron una sonrisa. Les costaba creer que yo pudiera ser amable.

El profesor Tetrikus me puso la mano en el hombro.

—Ya sé que mi nombre suena un poco extraño —comentó con una risita—. Debería cambiármelo, pero no me negarán que atrae la atención de la gente.

Todos nos echamos a reír.

El profesor Tetrikus adoptó una expresión de grave solemnidad:

—¿Sabes tocar algún instrumento, Jerry?

Reflexioné durante unos segundos:

—Una vez tuve una zambomba.

Nos echamos a reír de nuevo.

—Me temo que el piano es más difícil que la zambomba —dijo el profesor sonriendo—. Deja que le eche un vistazo a ese piano.

Atravesamos el comedor y entramos en la sala de estar. El profesor caminaba con rigidez, pero con paso ligero.

Mis padres se excusaron y subieron a su habitación para seguir desembalando las cajas.

El profesor Tetrikus examinó detenidamente las teclas del piano. Después levantó la tapa y echó un vistazo a su interior para comprobar el estado de las cuerdas.

—Un buen instrumento, sí señor, muy bueno —murmuró.

—Pues ya estaba aquí cuando llegamos —le expliqué.

Se quedó boquiabierto.

—¡Cómo! ¿Lo encontrasteis aquí?

—Sí. En el desván. Alguien debió de dejarlo abandonado —continué.

—¡Qué extraño! —replicó rascándose la barbilla. Se atusó las puntas del bigote con gesto reflexivo.

—¿Y no te has preguntado de quién puede ser? —continuó con tono misterioso—. ¿No sientes curiosidad por saber qué manos han

tocado estas teclas?

—Sí, bueno... —En realidad, no sabía qué decir.

—¡Qué misterio! —susurró. Me indicó que tomara asiento frente al piano.

Por un momento tuve la tentación de gastarle la broma de resbalar y caer al suelo. Sin embargo, decidí esperar a conocerlo un poco mejor. Parecía un buen hombre, agradable y simpático, y no quería que pensara que no me tomaba las clases en serio.

Se sentó a mi lado en la banqueta. Era tan gordo que casi no cabíamos los dos.

—¿Haremos las clases aquí cada semana? —pregunté, moviéndome para ganar un poco de espacio en la banqueta.

—Al principio las clases serán en tu casa —respondió parpadeando—. Después, si veo que lo haces bien, podrás acudir a mi escuela.

Quise decir algo, pero él me agarró las manos.

—Déjame ver tus manos —dijo, acercándoselas a la cara. Las miró con detenimiento y, a continuación, examinó los dedos.

—¡Qué manos más delicadas tienes! —exclamó emocionado—. ¡Son perfectas!

«Pues a mí no me parecen nada del otro mundo —pensé—. Son absolutamente normales.»

—Son unas manos perfectas —repitió el profesor Tetríkus. Las colocó cuidadosamente sobre el teclado. Me explicó qué notas correspondían a cada tecla. Empezó con el do y, después, seguimos con las demás.

Poco después se levantó y me dijo:

—Empezaremos en serio la semana que viene. Hoy sólo quería conocerte.

Se puso a rebuscar en un maletín que había dejado apoyado en la pared. Sacó un libro de ejercicios, y me lo dio. Se titulaba *Piano para principiantes: Método práctico*.

—Échale una ojeada a este libro, Jerry. Intenta estudiar las páginas dos y tres.

Fue en busca del abrigo, que papá había dejado en el respaldo del sofá.

—Hasta el sábado que viene —le dije. Me sentí un poco

decepcionado porque la clase se me había hecho muy corta. Pensaba que ya podría empezar a tocar rock.

Se puso el abrigo y vino de nuevo hacia mí.

—Creo que vas a ser buen alumno, Jerry —me dijo con una sonrisa.

Le di las gracias. Me sorprendió que mirara tan fijamente mis manos.

—Perfectas. Son perfectas —musitó.

Sentí un estremecimiento. Creo que se debió a su mirada voraz.

«¿Qué tienen de especial mis manos? ¿Por que le gustarán tanto?», me pregunté.

Todo aquello era muy misterioso.

Aunque no imaginaba lo verdaderamente misterioso que iba a ser...

6

Do-re-mi-fa-sol-la-si-do.

Practicué las notas de las páginas dos y tres del libro de ejercicios, donde se explicaba qué dedos se debían utilizar y todo eso.

«¡Qué fácil! —pensé—. Pero, ¿cuándo podré tocar música rock?»

Mientras practicaba, mamá, que venía del sótano, asomó la cabeza. Tenía todo el pelo revuelto y la frente manchada.

—¿Ya se ha marchado el profesor? —preguntó sorprendida.

—Sí. Ha dicho que sólo quería conocerme —le respondí—. Volverá el sábado que viene. Según él, tengo unas manos perfectas.

—¿De verdad? —Se apartó el cabello de la cara—. Bueno, quizá puedas utilizar tus «perfectas» manos para ayudarnos a desembalar algunas cajas del sótano.

—¡Oh, no! —grité. Resbalé de la banqueta y me caí al suelo. No le hizo ninguna gracia.

Aquella noche volví a oír la misma música.

Me senté en la cama y escuché con atención. Procedía del piso de abajo.

Salí de la cama. Iba descalzo y volví a sentir el frío del suelo. Papá había prometido poner una alfombra pero aún no había tenido tiempo de hacerlo.

En la casa reinaba el silencio. Por la ventana del dormitorio se veía caer la nieve. Los copos eran pequeños y delicados, de un blanco que contrastaba con el cielo negro y nublado.

—Alguien está tocando el piano —dije con una voz tan ronca que hasta a mí me sorprendió.

¡Papá y mamá lo tenían que estar oyendo! Su habitación está lejos de la sala de estar, pero en la misma planta.

Fui hasta la puerta.

Otra vez la misma melodía lenta y triste. La había estado tarareando antes de la cena. Mamá me preguntó dónde la había oído pero yo no lo recordé.

Me apoyé en el marco de la puerta con el corazón palpitante, y presté atención. La música me llegaba con tanta claridad que distinguía cada una de las notas.

«¿Quién está tocando? ¿Quién?»

Tenía que averiguarlo. Pegado a la pared, a oscuras, atravesé el pasillo. Había una lamparilla al final de las escaleras, pero nunca me acordaba de dejarla encendida.

Me dirigí hacia las escaleras y, agarrándome con fuerza a la barandilla, bajé de puntillas procurando no hacer ruido. No quería asustar al misterioso pianista.

La música continuaba sonando, triste y melancólica, como un lamento.

A hurtadillas y aguantando la respiración, atravesé la salita. La luz de una farola se colaba a través de la ventana dibujando una fina línea de luz en el suelo. Fuera, los copos de nieve seguían cayendo.

Por poco tropiezo con una caja de cartón llena de jarrones que estaba al lado de una mesita. Pero logré asirme al respaldo del sofá y evité la caída.

La música cesó. Después, volvió a sonar.

Apoyado en el sofá, esperé a recobrar el aliento.

«Dónde estarán papá y mamá», me pregunté mirando hacia el fondo del vestíbulo, donde se hallaba su habitación.

«¿Es que ellos no oyen el piano? ¿No sienten curiosidad? ¿No les importa que haya alguien en la sala de estar, tocando a estas horas de la noche?»

Respiré profundamente y me separé del sofá poco a poco. En silencio, atravesé el comedor, que todavía estaba más oscuro que la salita. Allí no entraba la luz de la calle. Me desplacé con cuidado,

intentando esquivar las mesas y las sillas para no tropezar con ellas.

La puerta que daba a la sala de estar estaba a unos metros delante de mí. La música se oía cada vez más fuerte.

Di un paso. Después otro, y entré.

«¿Quién es? ¿Quién es?»

Escudriñé a través de la oscuridad.

Pero, antes de que pudiera ver algo, alguien lanzó un espeluznante chillido detrás de mí y me empujó con fuerza.

7

Me di de bruces contra el suelo.

De nuevo aquel chillido, justo a mi lado.

Noté unas punzadas en los hombros y me estremecí de miedo.

De repente, alguien encendió la luz.

—¡*Bonkers!* —grité.

El animal saltó de mis hombros y se escabulló.

—¡Jerry! ¿Qué estás haciendo? ¿Qué pasa aquí? —me preguntó mamá enfadada entrando en la habitación.

—¿Qué es todo este alboroto? —Papá venía detrás de ella, entrecerrando los ojos al mirar porque no llevaba las gafas puestas.

—¡*Bonkers* se me ha echado encima! —exclamé todavía en el suelo—. ¡Ah! ¡Mi hombro! ¡Esa estúpida gata!

—Pero, Jerry... —empezó a decir mamá. Se agachó y me ayudó a levantarme.

—¡Esa estúpida gata! —repetí furioso—. Me ha saltado encima desde aquel estante, y me ha dado un susto de muerte. ¡Mira lo que ha hecho con mi pijama!

Tenía una manga hecha jirones.

—¿Te has hecho daño? ¿Estás herido? —preguntó mamá preocupada, mientras me examinaba el hombro.

—Tenemos que hacer algo con ese animal —rezongó papá—. Jerry tiene razón, es un peligro.

Mamá salió inmediatamente en defensa de *Bonkers*:

—Estaba asustada, eso es todo. Probablemente pensó que se trataba de un ladrón.

—¿Un ladrón? —dije con un chillido tan fuerte que debió de despertar a todo el vecindario—. Pero, ¿cómo puede haber pensado que yo era un ladrón? ¿No dicen que los gatos ven en la oscuridad?

—Y a todo esto, ¿qué estabas haciendo aquí abajo, Jerry? —me preguntó mamá, arreglándome el cuello del pijama y dándome unas palmaditas en el hombro, como si eso fuera a servir de algo.

—Sí, exacto, ¿qué estabas tramando? —inquirió papá entrecerrando los ojos. Apenas podía ver sin sus gafas.

—No estaba tramando nada —repliqué enfadado—. Oí el piano y...

—¿Que oíste qué? —me interrumpió mamá.

—He oído música de piano procedente de la sala de estar. Por eso he bajado a ver quién estaba tocando.

Mis padres me miraron atónitos, como si fuera un marciano.

—¿Acaso no lo habéis oído vosotros? —grité.

Ambos negaron con la cabeza.

Me volví hacia el piano. Por supuesto, no había nadie.

Fui rápidamente hacia la banqueta y pasé la mano por la superficie.

Estaba caliente.

—Alguien ha estado aquí sentado. ¡Estoy seguro! —exclamé.

—No tiene gracia —dijo mamá haciendo una mueca.

—No tiene ninguna gracia —repitió papá—. Has bajado aquí para hacer alguna de las tuyas, ¿no?

—¿Quién? ¿Yo?

—No te hagas el inocente, Jerome —dijo mamá muy enfadada—. Ya te conocemos. A nosotros no nos puedes engañar.

—¡Ahora no estoy bromeando! —grité enojado—. ¡He oído música! ¡He oído que alguien tocaba el piano!

—Pero, ¿quién? —insistió papá—. ¿Quién podía estar tocando?

—A lo mejor era *Bonkers*... —bromeó mamá.

Papá soltó una carcajada pero a mí no me hizo ninguna gracia.

—Venga, Jerry, cuéntanos qué planeabas esta vez —dijo papá.

—¿Pensabas hacer algo con el piano? —preguntó mamá clavando los ojos en mí—. Supongo que ya sabrás que se trata de un instrumento muy valioso.

Suspiré profundamente. Me sentía frustrado. Tenía ganas de

gritar, llorar, patear. Incluso sentí ganas de pegarles.

—¡El piano está embrujado! —solté. Aquellas palabras acudieron súbitamente a mi cabeza.

—¿Cómo dices? —En esta ocasión fue papá el que me miró con severidad.

—¡Tiene que estar embrujado! —insistí con voz trémula—. ¡No deja de sonar... pero nadie lo toca!

—¡Basta de tonterías! —exclamó mamá disgustada—. Me voy a la cama.

—Conque fantasmas, ¿eh? —intervino papá rascándose la barbilla con gesto pensativo. Se acercó a mí y bajó la cabeza, como hace siempre que va a soltarme uno de sus discursos—. Mira, Jerry, sé que la casa es vieja y puede parecer algo lúgubre; como también sé lo duro que ha sido para ti dejar a tus amigos y mudarte aquí.

—Por favor, papá... —le interrumpí.

Sin embargo, él continuó:

—La casa es vieja, sí. Y tampoco es que sea muy confortable, ¡pero eso no significa ni mucho menos que esté encantada! Ese fantasma del que hablas..., ¿no te das cuenta de que es producto de tus miedos?

Papá había estudiado psicología en la universidad.

—Ahórrate el discurso, papá —le respondí con brusquedad—. Me voy a la cama.

—De acuerdo, Jerry. —Me dio unas palmaditas en el hombro—. Y, recuerda, dentro de un par de semanas me darás la razón. Todas estas historias de fantasmas te parecerán ridículas.

¡Qué equivocado estaba papá!

Cerré con llave la taquilla y me puse la chaqueta. El pasillo de la escuela era un torbellino de voces, risas, portazos y gritos, etc.

Los viernes por la tarde, el bullicio siempre era el mismo. Se acababan las clases y ¡por fin, dos días de fiesta!

—¡Uff! ¿Qué es este olor? —grité con cara de asco.

A mi lado había una chica; estaba arrodillada y rebuscaba algo en su taquilla.

—¿Dónde estará la dichosa manzana? —dijo en voz alta.

Se levantó. En la mano tenía una manzana podrida que

desprendía un olor horroroso. Por un momento creí que iba a vomitar.

Mi expresión debía de ser graciosa, ya que ella soltó una carcajada.

—¿Tienes hambre? —Me acercó aquella fruta repugnante.

—No gracias —la aparté con la mano—. Es toda tuya.

Ella volvió a reír. No estaba mal. Tenía los ojos verdes y era morena, con el pelo largo y liso.

Dejó la manzana podrida en el suelo.

—Tú eres el nuevo, ¿no? —me preguntó—. Me llamo Kim. Kim Li Chin.

—Hola, Kim —le dije—. Yo soy Jerry. Tú estás en mi clase de mates, y también en la de ciencias, ¿no?

Abrió de nuevo su taquilla para buscar algo.

—Sí, yo también te he visto —respondió—. Vi cómo te caías de la silla cuando la señorita Klein dijo tu nombre al pasar lista.

—Lo hice a propósito —le expliqué—. En realidad no me caí, me tiré.

—Sí, ya lo suponía —dijo ella. Se puso un jersey de lana gris sobre el que llevaba. Luego se agachó y extrajo de la taquilla una funda de violín.

—¿Esto qué es? ¿Tu fiambra? —bromeé.

—Llego tarde a mi clase de violín —dijo. Dio un portazo a la taquilla y cerró el candado precipitadamente.

—¡Yo tomo clases de piano! Bueno, acabo de empezar...

—¿Sabes? —me interrumpió poniéndose la mochila—. Vi cómo os mudabais porque vivo frente a vuestra casa.

—¿En serio? —respondí sorprendido—. Pues podrías pasarte un día por casa y practicaríamos juntos. Música, claro. El profesor Tetrikus me da clases los sábados.

Se quedó boquiabierta y me miró aterrorizada:

—¿Que te da clases quién?

—El profesor Tetrikus —repetí.

—¿Qué? —exclamó.

Dio media vuelta y echó a correr hacia la salida.

—¡Eh! ¡Kim! —la llamé—. ¡Kim! ¿Qué ocurre?

Pero ya había salido.



—¡Unas manos perfectas! ¡Perfectas! —declaró el profesor Tetrikus.

—Gracias —respondí un tanto incómodo.

Estaba sentado en la banqueta del piano, inclinado hacia delante con las manos extendidas sobre el teclado. El profesor Tetrikus estaba de pie a mi lado, con la mirada fija en mis manos.

—Vuelve a tocar este fragmento —me indicó mirándome a los ojos. La sonrisa desapareció de sus labios y adoptó una expresión grave—. Presta mucha atención, hijo. Toca despacio y concéntrate en las manos. Tus dedos están vivos. Recuerda, ¡vivos!

«Mis dedos están vivos, mis dedos están vivos —repetí para mis adentros—. ¡Qué idea más ridícula!»

Empecé a tocar, concentrado en las notas de la partitura, que estaba sobre el piano. Era una melodía sencilla, una pieza de Bach para principiantes. Pensé que lo estaba haciendo bastante bien.

—¡Los dedos! ¡Los dedos! —gritó el profesor Tetrikus. Se inclinó sobre el teclado, acercando su rostro al mío—. ¡Recuerda! ¡Los dedos están vivos!

«¡Pero qué manía tiene este hombre con los dedos!»

Cuando acabé, levanté la vista y vi que fruncía el ceño.

—No está mal, Jerry —dijo amablemente—. Ahora, inténtalo un poco más rápido.

—Me he equivocado en algunas notas —confesé.

—Sí, hacia la mitad de la pieza has perdido un poco la concentración —admitió él.

Me cogió las manos y las colocó sobre el teclado.

—Otra vez —me ordenó—. Pero más rápido.

Y concéntrate. Concéntrate en las manos.

Respiré hondo y empecé de nuevo. Pero me aturrullé ya al inicio de la pieza. Volví a empezar, y esta vez sonó bastante bien, sólo desafiné en algunas notas.

Me preguntaba si papá y mamá estarían escuchando, pero recordé que habían ido a comprar al supermercado.

El profesor Tetrikus y yo estábamos solos en casa.

Acabé la pieza y apoyé las manos sobre las rodillas con un suspiro.

—Bastante bien. Ahora más rápido —ordenó el profesor.

—Quizá deberíamos probar ahora con otra pieza —sugerí—. Ésta se me está haciendo aburrida.

—Esta vez más rápido —replicó sin hacerme ningún caso—. Las manos, Jerry. ¡Recuerda que las manos están vivas! ¡Déjalas respirar!

—¿Que las deje respirar?

Me miré las manos como si esperara de ellas una respuesta.

—¡Empieza! —insistió el profesor Tetrikus inflexible, acercándose a mí—. ¡Más rápido!

Suspiré y empecé a tocar de nuevo. La misma aburrida melodía.

—¡Más rápido! —gritó—. ¡Más rápido, Jerry!

Toqué más rápido. Los dedos se movían aporreando las teclas. Intenté concentrarme en las notas, pero iba demasiado deprisa para seguirlas.

—¡Más rápido! —gritó exaltado, sin apartar la vista del teclado—. ¡Eso es! ¡Mucho más rápido, Jerry!

Mis dedos se movían a tal velocidad que parecían fuera de control.

—¡Más deprisa! ¡Más deprisa!

¿Tocaba las notas correctas? Era imposible saberlo. No podía ni oírlas.

—¡Rápido! ¡Rápido! —continuó el profesor Tetrikus chillando con todas sus fuerzas—. ¡Más rápido! ¡Las manos están vivas! ¡Vivas!

—¡Es imposible! ¡No puedo! —grité desesperado—. ¡Por favor!

—¡Más rápido!

—¡No puedo más! —insistí.

Intenté parar, pero mis manos continuaban moviéndose.

—¡Parad! ¡Parad! —les grité horrorizado.

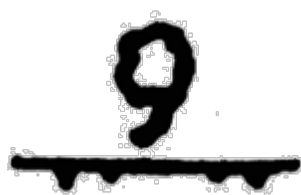
—¡Más rápido! ¡Toca más rápido, Jerry! —Los ojos se le salían de las órbitas. Tenía la cara totalmente roja—. ¡Las manos están vivas!

—¡No! ¡Por favor! ¡Parad! ¡Parad de tocar! —les imploré. ¡Pero estaban realmente vivas! ¡No podían parar!

Los dedos volaban sobre las teclas. Las notas inundaban el salón con un estrépito sobrecogedor.

—¡Más rápido! ¡Más rápido! —insistió el profesor.

A pesar de mis gritos desesperados implorándoles que se detuvieran, mis manos obedecieron al profesor Tetrikus y continuaron tocando, cada vez más deprisa.



La música me envolvía más y más.

«Me estoy ahogando», pensé, esforzándome por respirar.

Luché por detener mis manos pero se movían frenéticamente por el teclado, tocando cada vez más fuerte.

Empecé a sentir un dolor intenso en los dedos, que seguían tocando. Más rápido. Más fuerte.

Y, entonces, me desperté.

Me incorporé en la cama con los ojos muy abiertos, y advertí que estaba sentado sobre las manos. Las tenía doloridas, entumecidas, se me habían dormido.

La fantasmagórica lección de piano había sido un sueño, una terrible pesadilla.

—Todavía es viernes —dije en voz alta. El sonido de mi voz me ayudó a despejarme. Sacudí las manos intentando que volviera a circular la sangre por ellas y que cesara aquel desagradable hormigueo.

Tenía la frente empapada de un sudor frío, el cuerpo húmedo, y el pijama pegado a la piel. Me estremecí de frío.

Entonces, me di cuenta de que la música no había cesado.

Aterrado, agarré la manta con fuerza conteniendo la respiración y escuché.

Las notas penetraban en la habitación a través de la oscuridad. No se trataba de aquella música frenética que había oído en mi sueño, sino de la triste melodía que ya empezaba a resultarme familiar.

Todavía tembloroso por la pesadilla, salí de la cama con sigilo. La música procedía de la sala de estar. Fluía pausada, como un lamento.

¿Pero quién demonios sería el que tocaba?

Aún sentía el hormigueo en mis manos. Me dirigí a la entrada. Me detuve en el pasillo y escuché.

La melodía cesó de repente y, unos segundos después, volvió a sonar.

Estaba decidido a desvelar de una vez por todas aquel misterio.

Tenía el corazón en un puño y todo el cuerpo tenso y dolorido.

Sobreponiéndome al temor, atravesé el pasillo a toda prisa hacia las escaleras. La tenue luz de la lamparilla, que reflejaba mi sombra en la pared, me sobresaltó por un momento y me detuve vacilante.

Pero enseguida me apresuré a bajar las escaleras, apoyándome con fuerza en la barandilla para que no crujieran los escalones.

La música se oía cada vez más fuerte. Atravesé la salita.

«Esta noche nada podrá detenerme. Nada. Voy a averiguar quién toca el piano.»

Crucé el comedor de puntillas, conteniendo la respiración y escuchando la música al mismo tiempo, y me dirigí a la sala de estar.

La música continuaba sonando, cada vez más fuerte. La misma melodía, una y otra vez.

Escudriñando la oscuridad, entré lenta y sigilosamente en la sala de estar.

El piano estaba tan sólo a unos metros frente a mí.

La música se oía con mucha claridad, muy cerca, pero no vi a nadie sentado en la banqueta. No había nadie.

«¿Quién está tocando? ¿Quién está tocando esta triste melodía en la oscuridad?»

Tembloroso, me acerqué un poco más.

—¿Quién... quién hay ahí? —susurré con voz ahogada.

Me detuve y apreté los puños con fuerza. Intenté vislumbrar algo en medio de aquella penumbra.

La música continuaba. Podía distinguir el sonido del teclado y el de los pedales.

—¿Quién está ahí? ¿Quién está tocando? —dije con un hilo de

VOZ.

«¡No hay nadie!», comprobé horrorizado.

El piano estaba sonando, pero ¡allí no había nadie!

Entonces, lentamente, muy lentamente, como una sombra gris en la noche oscura, empezó a aparecer la borrosa figura de un fantasma.

10

Al principio, tan sólo se distinguía un perfil confuso, unas pálidas líneas grises moviéndose en la oscuridad.

El corazón me latía con tanta fuerza que parecía que fuera a estallar.

Aquellas líneas difusas empezaron a tomar forma.

Me quedé paralizado de horror, demasiado asustado para echar a correr o desviar la mirada de aquella espeluznante imagen.

Poco a poco, se fue dibujando la figura de una mujer. No podía decir si era joven o vieja. Tenía la cabeza inclinada y los ojos cerrados y estaba concentrada tocando el piano.

El cabello, largo y ondulado, le caía por los hombros. Llevaba un vestido largo y vaporoso. La cara, la piel, el cabello, todo era gris.

Continuó tocando como si yo no estuviera allí.

Sus labios esbozaban una sonrisa triste. Era bastante guapa.

Pero, ¡era un fantasma! ¡Un fantasma que estaba tocando el piano en nuestra sala de estar!

—¿Quién eres? ¿Qué estás haciendo aquí? —Mi voz aguda y tensa me sorprendió. Las palabras brotaban espontáneamente de mi boca.

Dejó de tocar y abrió los ojos. Me miró fijamente, examinándose. Su sonrisa desapareció al instante. Su rostro era totalmente inexpresivo.

Le devolví la mirada. Era como observar a alguien a través de una espesa y oscura niebla.

Al detenerse la música, un silencio sepulcral invadió toda la

casa.

—¿Quién... quién eres? —repetí con voz trémula.

Bajó la vista con tristeza.

—Esta es mi casa —dijo. Su voz sonaba como un susurro, marchita como las hojas secas, como la muerte—. Esta es mi casa.

Aquellas palabras parecían llegar de muy lejos, tanto que no estaba seguro de haberlas oído bien.

—No entiendo nada —conseguí balbucir, sintiendo que un escalofrío me recorría la espalda—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Es mi casa —musitó—. Es mi piano.

—Pero, ¿quién eres? —insistí—. ¿Eres un fantasma?

Al oír aquellas palabras, ella exhaló un profundo suspiro. A través de la penumbra, vi que su rostro se transformaba.

Sus ojos se cerraron y sus mejillas empezaron a languidecer. Su piel empezó a derretirse, a fundirse como la mantequilla. Se le derramaba por los hombros hasta llegar al suelo. El pelo empezó a caérsele a manojos.

De mis labios brotó un grito ahogado cuando el cráneo le quedó al descubierto. Un cráneo gris. No quedaba nada del rostro, excepto los ojos. Unos ojos grises que sobresalían de sus cavidades, mirándome fijamente entre las sombras.

—¡Aléjate de mi piano! —dijo con voz áspera—. Te lo advierto, no te atrevas a acercarte a él.

Di un paso atrás e intenté alejarme de aquella espantosa calavera. Pero, a pesar de mis esfuerzos, las piernas no me respondieron y caí de rodillas.

Intenté levantarme pero todo el cuerpo me temblaba violentamente.

—¡Aléjate de mi piano! —repitió aquel cráneo repugnante mirándome con sus ojos protuberantes.

—Mamá... Papá... —quise gritar, pero sólo logré emitir un susurro ahogado.

Me arrastré como pude, jadeando, sin poder articular palabra, mudo por el miedo.

—¡Esta es mi casa! ¡Mi piano! ¡Aléjate de aquí! —repitió.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Socorro! —logré gritar por fin.

Para mi alivio, oí ruido de pasos que se acercaban

precipitadamente.

—¡Jerry! ¡Jerry! ¿Dónde estás? —gritó mamá—. ¡Ah!

Oí cómo chocaba contra algo en el comedor. Papá fue el primero en llegar a la sala de estar. Tirándole del brazo, le señalé el piano:

—¡Papá! ¡Mira! ¡Un fantasma! ¡Es un fantasma!



Papá encendió la luz. Mamá entró en la sala tambaleándose y frotándose la rodilla.

Insistí en que miraran la banqueta que estaba junto al piano.

Pero ahora estaba vacía.

—¡El fantasma! ¡Lo he visto! —grité estremeciéndome de la cabeza a los pies—. ¡Era una mujer! ¿No la habéis oído?

—Jerry, tranquilízate.

Papá me puso una mano en el hombro:

—Tranquilo, tranquilo. No pasa nada.

—Pero... ¿no la habéis visto? —insistí—. Estaba sentada ahí, tocando el piano, y...

—¡Uf!, me he hecho daño en la rodilla —se quejó mamá—. Me he dado un golpe contra la mesa del comedor. ¡Cómo me duele!

—¡Se le caía la piel a tiras! ¡Y los ojos se le salían de las órbitas! —les expliqué. No podía apartar de mí aquella terrible imagen. Aún la veía, como si la tuviera grabada en la mente.

—Aquí no hay nadie —dijo papá con serenidad, sujetándome por los hombros—. ¿Lo ves? No hay nadie.

—Debes de haber tenido una pesadilla —comentó mamá.

—¡No ha sido ninguna pesadilla! —chillé—. ¡La he visto, la he visto! ¡Me ha hablado! Me ha dicho que éste es su piano y que ésta es su casa.

—Siéntate aquí y hablaremos de ello —sugirió mamá—. ¿Te apetece una taza de chocolate caliente?

—No me creéis, ¿verdad? —dije enfadado—. ¡Os estoy diciendo

la verdad!

—No creemos en los fantasmas —dijo papá sin perder la calma. Me llevó hasta el sofá y se sentó a mi lado. Mamá bostezó y se sentó en el brazo del sofá.

—No creerás en fantasmas, ¿verdad, Jerry? —preguntó.

—¡Ahora sí! —exclamé yo—. ¿Por qué no me creéis? He oído a esa mujer tocando el piano. He bajado y la he visto. Era toda de color gris. Se le ha derretido la cara y el cráneo le ha quedado al descubierto. Y después...

Vi cómo mamá miraba a papá.

¿Por qué no me creían?

—Una compañera de trabajo me habló de un médico —dijo mamá dulcemente, cogiéndome la mano—. Es un hombre muy simpático que se lleva muy bien con los niños. Creo que se llama Frye.

—¿Cómo? ¿Te refieres a un psiquiatra? —chillé—. ¿Creéis que estoy loco?

—¡No! Claro que no... —replicó al instante mamá, apretándome la mano—. Sólo pienso que hay algo que te tiene muy preocupado, Jerry. No te iría mal hablar de ello con alguien.

—¿Qué es lo que te preocupa, hijo? —preguntó papá subiéndose el cuello del pijama—. ¿Es la casa? ¿O se trata de la escuela?

—¿Son las clases de piano? —intervino mamá—. ¿Estás preocupado por las clases? —Miró el piano, que relucía en medio de la habitación.

—No, no son las clases lo que me preocupa —murmuré desesperado—. ¡Ya os lo he dicho! ¡Lo que me preocupa es el fantasma!

—Concertaré una cita con el doctor Frye —decidió mamá—. Cuéntale a él lo del fantasma, Jerry. Seguro que él sabrá explicarte mejor que nosotros lo que te sucede.

—No estoy loco —musité.

—Hay algo que te angustia, por eso tienes pesadillas —añadió papá—. El doctor te ayudará a entender lo que te pasa.

Se levantó dando un bostezo y estiró los brazos:

—Tengo que dormir un poco.

—Yo también —dijo mamá soltándome la mano—. ¿Crees que

podrás dormir, cariño?

Bajé la cabeza:

—No estoy seguro.

—¿Quieres que te acompañemos a tu habitación? —preguntó mamá.

—¡No soy un bebé! —chillé. Estaba enfadado y sentía ganas de gritar y gritar hasta que me creyeran.

—Está bien. Buenas noches —dijo papá—. Mañana es sábado, así que podrás dormir hasta tarde.

—Sí, seguro... —dije en voz baja.

—Si tienes otra pesadilla, despiértanos, ¿vale? —me tranquilizó mamá.

Papá apagó la luz y los dos se dirigieron a su habitación. Yo atravesé la salita en dirección a las escaleras.

Estaba tan enojado que me hubiera gustado liarme a patadas con lo que fuera. Me sentía insultado. A medida que fui subiendo las escaleras, sin embargo, volvió a invadirme el miedo. El fantasma había desaparecido de la sala de estar como por arte de magia, pero, ¿y si me esperaba en el dormitorio? ¿Y si aquel cráneo repugnante con aquellos horribles ojos se había metido en mi cama?

Sentí pánico; me costaba respirar.

«Está ahí dentro. Lo sé. Me está esperando. Estoy completamente seguro; pero si grito pidiendo ayuda, papá y mamá pensarán que estoy loco.»

¿Qué quería ese fantasma?

¿Por qué tocaba el piano todas las noches? ¿Y por qué quería asustarme? ¿Por qué me dijo que me alejara?

Esas preguntas me daban vueltas en la cabeza sin parar. Eran preguntas que no obtenían respuesta, y estaba demasiado cansado para pensar con claridad.

Me detuve frente a la puerta, indeciso.

Respiré hondo y, haciendo acopio de todo un valor, entré.

Cuando avanzaba en la oscuridad, vislumbré horrorizado al fantasma, que estaba allí, frente a la cama.

12

Solté un grito ahogado y di un paso atrás.

Entonces me di cuenta de que no era el fantasma, sino la ropa de cama. La debí de tirar al suelo durante la pesadilla del profesor Tetrikus. Estaba en un montón, a los pies de la cama.

Todavía asustado, la recogí.

«Quizá tienen razón papá y mamá», pensé.

«No, de ninguna manera. Puede que esté furioso y asustado, pero yo sé lo que he visto.»

Temblando, me metí en la cama y me tapé hasta las orejas. Cerré los ojos e intenté no pensar en aquella visión horrorosa. Cuando por fin empezaba a dormirme, oí de nuevo la música del piano.

El profesor Tetrikus llegó puntualmente a las dos de la tarde. Papá y mamá estaban fuera, en el garaje, desembalando más cajas.

Le cogí el abrigo al profesor y fuimos a la sala de estar. Fuera hacía mucho viento y amenazaba tormenta. El profesor Tetrikus tenía las mejillas enrojecidas por el frío. Con el cabello y el bigote blancos, las mejillas rojas y la holgada camisa blanca sobre su enorme barriga, me recordó más que nunca a Santa Claus.

Se frotó las manos para entrar en calor y, señalando la banqueta, me indicó que me sentara.

—Es un piano precioso —comentó animadamente deslizando la mano por la superficie negra y brillante del instrumento—. Eres un chico muy afortunado por haberte encontrado esta maravilla.

—Supongo —respondí sin el menor entusiasmo.

Había dormido hasta las once pero todavía estaba cansado, y no conseguía olvidarme del fantasma ni de sus amenazas.

—¿Has practicado? —preguntó el profesor inclinándose sobre el piano y girando las páginas del libro.

—Un poco —le respondí.

—Veamos lo que has aprendido.

Me colocó las manos sobre el teclado:

—Empieza aquí, ¿te acuerdas?

Toqué una escala.

—¡Unas manos perfectas! —dijo el profesor Tetrikus sonriendo —. Tócala de nuevo, por favor.

La clase fue muy bien. No cesó de repetirme lo bien que lo hacía, aunque las notas que tocaba eran muy sencillas.

«Quizás es verdad que tengo talento», pensé.

Le pregunté cuándo podría empezar a tocar algo de rock. Soltó una risita ahogada:

—A su debido tiempo —respondió, fijando la vista en mis manos.

Oí a papá y mamá entrar en la cocina. Unos segundos más tarde, mamá apareció en el salón tiritando de frío:

—¡Vaya tiempo que hace! Me parece que va a nevar de un momento a otro —dijo saludando al profesor con una sonrisa.

—Pues aquí dentro se está muy bien —comentó él afablemente.

—¿Cómo va la clase? —le preguntó mamá.

—Muy bien —le contestó haciéndome un guiño—. Creo que Jerry promete. Me gustaría que empezara las clases en mi academia.

—¡Fantástico! —exclamó mamá—. ¿De verdad cree que el niño tiene talento?

—Tiene unas manos excelentes —le respondió.

La manera en que lo dijo me sobrecogió.

—¿Enseñan rock en su academia? —intervine yo.

Me dio unas palmaditas en la espalda:

—Enseñamos todo tipo de música. La academia es muy grande y tenemos unos profesores muy bien preparados. Hay estudiantes de todas las edades. ¿Te iría bien venir los viernes al salir de la

escuela?

—Perfecto —decidió mamá.

El profesor atravesó el salón y le dio a mamá una de sus tarjetas:

—Aquí tiene la dirección de la academia. Me temo que está en la otra punta de la ciudad.

—No importa —dijo mamá echando un vistazo a la tarjeta—. Los viernes salgo pronto del trabajo y lo puedo llevar en coche.

—Podemos dar por finalizada la clase de hoy, Jerry —concluyó el profesor—. Practica lo que has aprendido. Nos veremos el viernes.

Mamá y él salieron de la habitación. Les oí hablar en voz baja, pero no logré entender lo que decían.

Me levanté y fui a la ventana. Estaba nevando, los copos caían con fuerza y la nieve empezaba a cuajar. Me preguntaba si en las montañas de New Goshen habría buenas pendientes para bajar en trineo —lo que me recordó que el mío estaba aún por desembalar —, cuando, de repente, el piano empezó a sonar. Lancé un grito de espanto.

Esta vez era un ruido fuerte y discordante, como si alguien estuviera aporreando las teclas furiosamente.

¡Pom, pom, pom!

—¡Jerry, para de una vez! —gritó mamá desde la salita.

—¡No soy yo! —chillé.

13

El despacho del doctor Frye no se parecía en nada a la consulta de un psiquiatra. Era pequeño y con mucha luz. Las paredes eran de color amarillo y tenía cuadros de pájaros exóticos por todas partes.

No había ningún diván de piel, como los que salen en las series de televisión. En lugar de eso, había dos sillones de color verde que parecían muy cómodos. Ni siquiera tenía mesa. Tan sólo los sillones.

Me senté en uno de ellos y el doctor en el otro.

Era mucho más joven de lo que había imaginado, más que mi padre. Era pelirrojo y tenía el pelo ondulado. Parecía que llevara gomina, o algo así. Y tenía la cara llena de pecas. No parecía un psiquiatra en absoluto.

—Háblame de tu nueva casa —comenzó el doctor Frye cruzando las piernas. Colocó el bloc de notas sobre sus rodillas y me observó atentamente.

—Es una casa grande y vieja. Eso es todo —le dije.

Me pidió que le describiera mi habitación, y así lo hice.

A continuación hablamos de la casa de Cedarville y de mi antigua habitación, de los amigos que allí tenía y, más adelante, de mi nueva escuela.

Al principio estaba algo nervioso, pero el doctor parecía simpático. Escuchaba atentamente todo lo que le contaba, y no me miraba de una forma extraña, como si estuviera loco.

Ni siquiera cuando le expliqué lo del fantasma.

Garabateó algo en el bloc de notas. Le conté lo que sucedía cada

noche con el piano. Dejó de tomar notas cuando le describí cómo se le derretió la cara y se le cayó el pelo al fantasma, así como las amenazas que profirió.

—Mis padres no me creyeron —añadí agarrándome con fuerza a los brazos del sillón. Me sudaban las manos.

—Es una historia muy extraña —observó el doctor Frye—. Ponte en el lugar de tus padres. Si tuvieras un hijo y te contara algo así, ¿le creerías?

—¡Pues claro! —repliqué—. Siempre que fuera verdad.

Se llevó el lápiz a la boca y me miró fijamente.

—¿Cree que estoy loco? —le espeté.

Apartó el bloc de notas y, con mirada grave, me dijo:

—No, no creo que estés loco, Jerry, pero la mente a veces puede jugarnos malas pasadas.

Entonces empezó a soltarme un discurso sobre el miedo que a veces tenemos y que no queremos reconocer. Según él, la mente hace todo tipo de cosas para avisarnos de que sentimos ese miedo, pero nosotros nos empeñamos en no hacerle caso.

En otras palabras, él tampoco me creía.

—Cambiar de hogar provoca toda clase de trastornos —prosiguió—. Nos hace imaginar que vemos y oímos cosas raras, sólo porque nos negamos a reconocer lo que realmente nos asusta.

—Pues yo no me imaginé la música del piano —repliqué—. Puedo tararearle la melodía si usted quiere. Tampoco me imaginé al fantasma. Hasta le puedo describir el aspecto que tenía.

—Hablaremos de ello la próxima semana —dijo, poniéndose en pie—. La sesión ha terminado, pero quiero que sepas que eres perfectamente normal, que no estás loco, Jerry. Quítate esa idea de la cabeza.

Me estrechó la mano:

—Ya verás —dijo, abriendo la puerta—. Te sorprenderás cuando descubramos el significado real de todo esto.

Le di las gracias y salí de la consulta. Crucé la sala de espera y llegué al vestíbulo.

Y, en ese momento, sentí la gélida mano del fantasma que me agarraba por el cuello.

14

Aquel frío penetrante me recorrió todo el cuerpo.

Proferí un alarido de terror y, con una sacudida, me di la vuelta para mirar al fantasma.

—¡Mamá! —grité con un chillido agudo.

—Perdona, tengo las manos heladas —respondió con toda tranquilidad, sin darse cuenta del susto que me había dado—. En la calle hace un frío espantoso. ¿No has oído cómo te llamaba?

—No —le dije. Todavía tenía el cuello helado. Me lo froté para entrar en calor—. Me has cogido desprevenido. Estaba... pensando en mis cosas y...

—No quería asustarte —dijo mientras íbamos a buscar el coche. Se detuvo para sacar las llaves del bolso—. ¿Qué tal te ha ido con el doctor Frye?

—Bueno, no ha estado mal.

«Esto del fantasma me tiene con los nervios de punta —pensé al entrar en el coche—. Ahora ya veo al fantasma por todas partes.»

Tenía que tranquilizarme. Era imprescindible. Tenía que sacármelo de la cabeza. Pero, ¿cómo podía hacerlo?

El viernes por la tarde, después de la escuela, mamá me llevó a la academia del profesor Tetrikus. Hacía un tiempo frío y gris. Las ventanillas del coche estaban empañadas. El día anterior había nevado y había hielo en la carretera.

—Espero que no lleguemos tarde —comentó mamá impaciente.

Nos detuvimos en un semáforo. Limpió el cristal delantero con la

mano para poder ver mejor.

—Me da miedo ir más rápido. La carretera no está en condiciones.

Los coches avanzaban lentamente. Pasamos al lado de un grupo de niños que estaban haciendo un muñeco de nieve. El más pequeño lloraba porque no le dejaban participar.

—La academia está casi en las afueras —se quejó mamá reduciendo la velocidad al acercarnos a un cruce—. ¿Por qué la habrán puesto tan lejos?

—No sé —respondí. Estaba un poco nervioso—. ¿Crees que las clases me las dará el mismo profesor Tetrikus, o será otro?

Mamá se encogió de hombros. Se inclinó hacia delante esforzándose por ver a través del cristal empañado.

Por fin, llegamos a la calle donde estaba la academia. Eché un vistazo a las casas, que tenían un aspecto muy poco acogedor. Detrás de ellas, había un pequeño bosque de árboles desnudos, cuyas ramas se inclinaban bajo el peso de la nieve.

Al final de la arboleda, medio oculto tras unos altos setos, se erguía un viejo edificio.

—Esta debe de ser la academia —dijo mamá deteniendo el coche en medio de la calle y levantando la vista hacia el edificio—. No hay ninguna indicación, pero tiene que ser esto.

—¡Qué lúgubre! —dije.

Con dificultad, mamá se introdujo por un sendero, casi oculto por los setos, que llevaba hacia la vieja casa.

—¿Estás segura de que es por aquí? —le pregunté. Limpié un poco el cristal para poder ver. El viejo edificio parecía una prisión en vez de una academia. La planta baja tenía una hilera de ventanitas con barrotes, y una espesa hiedra cubría la fachada, dando a la casa un aspecto aún más tenebroso.

—Estoy segura de que es aquí —dijo, mordiéndose el labio. Bajó la ventanilla y asomó la cabeza para observar el enorme caserón.

El sonido de los pianos llegaba hasta el coche. Notas, escalas y melodías, todo mezclado.

—¡Sí! ¡La hemos encontrado! —declaró mamá entusiasmada—. Venga, Jerry. Apresúrate, que vas a llegar tarde. Voy a comprar algo para la cena, y pasaré a recogerte dentro de una hora.

Abrí la puerta y salí del coche. Eché a correr por el sendero cubierto de nieve.

La música se oía cada vez más fuerte. Escalas y notas se entremezclaban produciendo un ruido ensordecedor.

Un camino estrecho llevaba a la entrada. No habían quitado la nieve y en el suelo se había formado una fina capa de hielo. Resbalé y casi me doy de bruces al acercarme a la entrada.

Me detuve, levanté la vista y me estremecí: «Parece una casa encantada en lugar de una academia de música.»

«¿Por qué me dará tanto miedo?», pensé. Debían de ser los nervios.

Procuré tranquilizarme y no pensar más en ello; giré el pomo de la puerta y la abrí. Emitió un chirrido siniestro. Respiré hondo y entré.

15

Ante mí se extendía un pasillo largo y estrecho, muy oscuro. Tardé un rato en acostumbrarme a aquella penumbra.

Las paredes eran de un tono plumizo. Mis pasos retumbaban por el corredor y el eco de las notas de un piano se propagaba en todas direcciones.

«¿Dónde estará el despacho del profesor Tetrikus?»

Seguí avanzando por el pasillo. La luz era cada vez más tenue. Al llegar al final, giré a la derecha y continué por otro corredor. La música se oía cada vez más fuerte.

Había puertas de color marrón oscuro a ambos lados. Las puertas tenían unas ventanillas redondas. A medida que avanzaba, iba mirando a través de ellas; en cada clase había un profesor sonriente meneando la cabeza al compás de la música.

El sonido de los pianos se convirtió en un bramido, un mar de olas de música chocando contra las paredes.

«¡Qué montón de alumnos tiene el profesor Tetrikus! —pensé—. ¡Deben de haber por lo menos cien pianos tocando!»

Recorrí un pasillo, luego otro.

De repente me di cuenta de que me había perdido. No tenía ni idea de dónde me hallaba.

«Aunque quisiera, no podría encontrar el camino de salida.»

—¡Profesor Tetrikus! ¿Dónde está usted? —susurré. Mi voz fue engullida por aquel estrépito de música que retumbaba por todo el edificio.

Empecé a sentirme asustado.

«¿Y si me quedo atrapado en este laberinto?» Me imaginé dando vueltas por aquellos pasillos eternamente, en medio de aquel ruido ensordecedor, sin poder encontrar la salida.

—Jerry, déjate de tonterías —me dije en voz alta.

Algo me llamó la atención. Me detuve y miré hacia el techo. Había una cámara de vídeo justo encima de mí. Era como las cámaras que hay en los bancos y en los grandes almacenes.

¿Me estaría alguien observando desde algún sitio?

En ese caso, ¿por qué no acudían en mi ayuda?

Aquella situación empezaba a irritarme. ¿Pero qué clase de academia era aquélla? No había indicaciones, ni despachos ni nadie que saliera a recibirme.

En uno de los pasillos, oí un ruido estridente, muy extraño. Al principio, pensé que de nuevo se trataba de la música de un piano.

El ruido fue en aumento, parecía acercarse a mí. En medio de aquel estruendo, distinguí un gemido agudo que fue cobrando más y más fuerza.

El suelo empezó a temblar.

Cuando enfilaba un oscuro pasillo, vislumbré un monstruo enorme que asomaba por el otro extremo. Su gigantesco cuerpo brillaba bajo la débil luz, como si fuera de metal. Su cabeza, rectangular, oscilaba rozando el techo.

Los pies de la bestia golpeaban con fuerza el suelo mientras se encaminaba hacia mí dispuesta a atacarme. Sus ojos, a ambos lados de la cabeza, lanzaban destellos de furia.

—¡Noo! —grité acongojado.

Me respondió con otro penetrante gemido. Entonces bajó la cabeza, como si se preparara para embestirme.

Di media vuelta, decidido a escapar.

Para mi sorpresa, vi al profesor Tetricus en el pasillo. Observaba complacido cómo aquella bestia gigantesca se acercaba a mí.

16

Me quedé paralizado de terror.

Detrás de mí, la criatura se aproximaba a grandes pasos, profiriendo furiosos bramidos.

Frente a mí, el profesor Tetrikus, con una mirada resplandeciente, me impedía escapar.

Solté un chillido, resignado a que aquel monstruo metálico me alcanzara. Pero se quedó quieto.

Silencio.

Ya no se oía el ruido de sus pies de hierro, ni el de sus horripilantes quejidos.

—Hola, Jerry —dijo el profesor impasible, todavía con la sonrisa en el rostro—. ¿Qué haces en esta parte del edificio?

Jadeante, señalé al monstruo, que seguía ahí, en silencio, mirándome.

—Yo... yo... —balbucí.

—¿Estás admirando nuestro robot de limpieza? —preguntó él.

—¿Su qué? —conseguí pronunciar.

—Nuestro robot de limpieza. Es sorprendente, ¿verdad? —dijo. Pasó por mi lado y puso la mano sobre la cabeza de aquella cosa.

—Es... es... ¡una máquina! —farfullé.

El profesor sonrió:

—¿No creerías que estaba vivo?

Me quedé boquiabierto. Estaba demasiado aturdido para poder hablar.

—El señor Toggle, nuestro conserje, lo construyó —dijo el

profesor acariciando la cabeza del robot—. Trabaja de maravilla. El señor Toggle es capaz de inventar cualquier cosa. Es un verdadero genio.

—Y... ¿por qué le puso esa cara? —pregunté, apoyándome en la pared—. ¿Y por qué le brillan los ojos?

—El señor Toggle tiene un gran sentido del humor —contestó el profesor Tetrikus con una risita—. También instaló las cámaras.

Señaló la cámara de vídeo que colgaba del techo:

—Es todo un experto en mecánica. No podríamos hacer nada sin él.

Me acerqué receloso al robot y lo observé con detenimiento.

—Yo... no encontraba su despacho —le expliqué al profesor—. He dado vueltas y más vueltas pero...

—Lo siento —contestó él al instante—. Empecemos con la lección de hoy. Ven conmigo.

Le seguí a través de los pasillos que yo ya conocía. Él caminaba muy envarado pero con paso rápido, balanceando los brazos con rigidez.

Por delante la camisa le colgaba fuera de los pantalones.

Me sentí como un idiota. ¡Mira que dejarme intimidar por un simple robot de limpieza!

Abrió una de las puertas y entramos en un aula. Eché una rápida ojeada a mi alrededor. Era una sala pequeña y cuadrada, iluminada por dos hileras de fluorescentes en el techo. No tenía ventanas.

Por todo mobiliario, había un pequeño piano vertical de color marrón, una banqueta estrecha y un atril. El profesor Tetrikus me ordenó que me sentara en la banqueta y empezamos la clase. Se quedó de pie detrás de mí y colocó mis dedos con delicadeza sobre las teclas, aunque yo ya sabía cómo hacerlo.

Practicamos varias notas, en particular el do y el re. Continuamos con el mi y el fa. Me enseñó los primeros acordes y, después, practicamos la escala una y otra vez.

—¡Fantástico! —exclamó casi al final de la clase—. Has hecho un excelente trabajo, Jerry. No podría estar más satisfecho de ti.

Sus sonrosados mofletes se hincharon de orgullo.

Me froté las manos con fuerza intentando que dejaran de hormiguear.

—Entonces, ¿será usted quien me dé las clases?

Asintió con la cabeza.

—Sí, durante el primer nivel —respondió—. Cuando tus manos estén preparadas, será otro de nuestros profesores el que te las dé.

¿Cuándo se suponía que mis manos iban a estar preparadas? ¿A qué se referiría?

—Probemos con esta sencilla pieza —continuó, girando la página del libro de música—. Esta pieza consta sólo de tres notas. Presta especial atención a las blancas y a las negras. ¿Recuerdas el tiempo que debe durar una blanca?

Le hice una demostración con el piano. Seguidamente, intenté tocar la melodía.

No lo hice mal del todo. Sólo desafiné un par de veces.

—¡Fantástico! ¡Fantástico! —exclamó el profesor Tetrikus entusiasmado, mientras clavaba los ojos en mis manos.

Consultó la hora:

—Me temo que no nos queda más tiempo. Nos veremos el próximo viernes, Jerry. Y no olvides practicar lo que has aprendido hoy.

Le di las gracias y me puse en pie. Sentí un gran alivio por haber terminado la clase ya que tanta concentración se me hacía muy pesada. Me sudaban las manos y aún me hormigueaban.

Me dirigí a la puerta, pero me detuve en seco.

—¿Cómo se llega hasta la salida? —pregunté.

El profesor Tetrikus estaba muy ocupado recogiendo un montón de hojas y metiéndolas dentro del libro de música.

—Gira siempre hacia la izquierda —respondió sin levantar la mirada—. No tiene pérdida.

Me despedí y salí al oscuro pasillo. Inmediatamente me vi envuelto por el estrépito de los pianos.

¿Era el único que había acabado la clase?

¿Por qué seguían tocando los demás si ya había pasado la hora?

Miré en todas direcciones y me aseguré de que no me acechara ningún robot. Giré a la izquierda, siguiendo las indicaciones del profesor y seguí avanzando hacia la entrada principal.

En uno de los corredores, volví a fijarme en el interior de las aulas. Los profesores continuaban sus lecciones, moviendo la cabeza

animadamente al ritmo de la música.

Pensé que los alumnos de aquellas clases debían de tener un nivel superior al mío. Ellos ya no practicaban notas y escalas, sino piezas largas y complicadas.

Giré a la izquierda, atravesé otro corredor y giré de nuevo.

Al poco rato, me di cuenta de que me había vuelto a perder.

¿Habría girado a la derecha en algún momento?

De hecho, todos los pasillos eran iguales.

El corazón me latía con fuerza. Doblé una esquina y continué caminando.

¿Por qué no había nadie por los pasillos?

Entonces, en el fondo, vislumbré una puerta muy grande. Aquélla debía de ser la salida.

Me apresuré hacia ella y empujé para abrirla. De repente, unas manos me agarraron por detrás con fuerza. Una voz ronca me gritó:

—¡Noo!

17

—¡Aah! —Solté un chillido de terror.

Aquellas manos me hicieron retroceder. Después, me soltaron.

La puerta se cerró de golpe.

Al darme la vuelta, topé con un hombre alto y fuerte. Tenía poco pelo, aunque largo, y una barba negra. Llevaba un mono de trabajo y una camiseta amarilla.

—Creo que te equivocas. Estás buscando la salida, ¿no? Es por allí —dijo afablemente, señalando un pasillo que quedaba a mi izquierda.

—Vaya, lo siento —susurré—. Usted... me ha asustado.

El hombre se disculpó.

—Vamos. Te acompañaré hasta la salida —se ofreció rascándose la barba.

Empezamos a caminar.

—Permite que me presente. Soy el señor Toggle.

—¡Ah! ¡Hola! —respondí aliviado—. Yo me llamo Jerry Hawkins. El profesor Tetrikus me ha hablado de usted. ¡Ya he visto su increíble robot de limpieza!

Sonrió. Sus oscuros ojos se iluminaron.

—Es genial, ¿verdad? —dijo orgulloso—. Pues he inventado más cosas, incluso mejores.

—El profesor Tetrikus afirma que es usted un genio de la mecánica —dije entusiasmado.

El señor Toggle soltó una risita irónica.

—Sí, claro. Yo lo programé para que dijera eso —bromeó.

Ambos nos pusimos a reír.

—El próximo día que vengas a clase, te mostraré algunos de mis extraordinarios inventos —sugirió ajustándose los tirantes del mono sobre sus delgados hombros.

—¡Estupendo! —exclamé. Nos acercábamos a la puerta principal. ¡Nunca antes me había alegrado tanto ver una puerta!—. Bueno, supongo que tarde o temprano me habituaré a todos estos pasillos.

Pero el señor Toggle no parecía escucharme.

—El profesor Tetrikus me ha dicho que tienes unas manos excelentes —comentó. Una extraña sonrisa asomó bajo su negra barba—. Eso es justo lo que buscamos aquí, Jerry.

Tuve una extraña sensación.

—Gracias —susurré. Porque, ¿qué otra cosa se puede decir cuando alguien te dice que tienes unas manos excelentes?

Empujé la pesada puerta de salida y vi a mamá esperándome en el coche.

—¡Adiós! ¡Buenas noches! —me despedí. Salí rápidamente y volví a sentir el frío de la nieve.

Después de la cena, papá y mamá insistieron en que les mostrara lo que había aprendido durante la clase, pero a mí no me apetecía en absoluto. Sólo habíamos practicado una sencilla melodía y ni tan siquiera podía tocarla entera sin cometer errores.

Sin embargo, se empeñaron en ir a la sala de estar y casi me obligaron a tocar.

—Como soy yo el que paga las clases, quiero saber lo que aprendes en ellas —dijo papá. Se sentó en el sofá junto a mamá, frente al piano.

—¡Pero si sólo he practicado unas notas! —argumenté—. ¿No podríais esperar a que aprendiera algo más?

—¡Toca ya, Jerry! —ordenó papá.

Solté un suspiro.

—Tengo un calambre en la mano —insistí.

—¡Venga, Jerry! Deja de buscar excusas —interrumpió mamá con impaciencia—. Toca de una vez, ¿vale? Te prometo que después no te molestaremos más.

—¿Qué aspecto tiene la academia? —preguntó papá a mamá—. Está en la otra punta de la ciudad, ¿no?

—Sí, está prácticamente en las afueras —explicó mamá—. Es un edificio muy viejo. Lo cierto es que tiene un aspecto bastante descuidado. Aunque Jerry me ha dicho que por dentro es bonito.

—No —interrumpí—. Yo te he dicho que es grande, no bonito. ¡Me he perdido dos veces por los pasillos!

Papá soltó una carcajada:

—Ya veo que has heredado el sentido de la orientación de tu madre.

Mamá le dio un empujoncito, sonriendo.

—Venga, toca ya la canción —me dijo.

Abrí el libro por la página que había practicado y lo coloqué sobre el piano. Apoyé las manos sobre el teclado y me dispuse a tocar.

Pero, antes de que empezara, el piano estalló en una ristra de notas graves. Parecía como si alguien estuviera aporreando las teclas con ambos puños.

—¡Jerry! ¡Para! —dijo mamá con brusquedad—. ¡Suena demasiado fuerte!

—¡No será esto lo que has aprendido! —añadió papá.

Confuso, empecé a tocar.

Pero aquel martilleante ruido ahogaba el sonido de mis notas.

Era como si un niño pequeño estuviera golpeando el teclado con todas sus fuerzas.

—¡Jerry! ¡Basta ya! —gritó mamá tapándose los oídos.

—¡Pero si no soy yo! ¡Yo no hago nada! —chillé espantado.

18

No me creyeron; al contrario, se enfadaron conmigo. Me acusaron de no tomarme nunca las cosas en serio y me ordenaron que me fuera a mi habitación.

En el fondo, me sentí aliviado de salir de allí y alejarme de aquel diabólico piano. Sabía muy bien quién había producido el alboroto. Había sido el fantasma.

¿Por qué? ¿Qué pretendía? ¿Qué quería de mí?

No tenía la respuesta a aquellas preguntas..., al menos, no todavía.

El siguiente viernes por la tarde, el señor Toggle cumplió su promesa. Cuando bajé del coche de mamá, él estaba en la entrada de la academia para recibirme. Me condujo a través de aquellos interminables pasillos hasta que llegamos a su enorme taller.

Era del tamaño de una sala de conciertos y estaba totalmente abarrotado de máquinas y material electrónico.

En medio del taller había un robot de metal de dos cabezas, al menos tres veces más alto que el que me había asustado la semana anterior. Estaba rodeado de grabadoras, montones de motores eléctricos, cajas de herramientas y piezas de extraño aspecto, una pila de ruedas de bicicleta, unos cuantos armazones de piano, jaulas para animales y un coche antiguo que no tenía asientos.

Un panel de control cubría toda una pared. Había más de una docena de pantallas de televisión encendidas, en las que se veían todas las aulas. Junto a ellas, había cientos de mandos y botones,

luces rojas y verdes que se encendían intermitentemente, así como altavoces y micrófonos.

Bajo el panel de control, sobre un mostrador que se extendía a lo largo de toda la sala, había por lo menos una docena de ordenadores, todos en funcionamiento.

—¡Jolín! —exclamé, sin dejar de mirar de un lado a otro—. ¡Esto es increíble!

El señor Toggle rió satisfecho. Los ojos le brillaban.

—Procuro estar siempre ocupado en algo —comentó. Me condujo a un rincón del taller, algo más despejado—. Quiero enseñarte algunos de mis instrumentos musicales.

Fue hasta una hilera de enormes armarios metálicos de color gris, pegados a la pared del otro extremo de la sala, extrajo algo de uno de ellos y regresó rápidamente.

—¿Sabes qué es esto, Jerry? —Sostenía un instrumento de metal brillante unido a una especie de caja.

—Es un saxofón, ¿no? —respondí.

—Sí, un saxofón muy especial —prosiguió sin dejar de sonreír—. ¿Ves? Está acoplado a este depósito de aire comprimido, por lo que no es necesario soplar. Así, uno puede concentrarse totalmente en los dedos.

—¡Caray! —exclamé asombrado—. ¡Es genial!

—Toma, ponte esto —sugirió. Me puso una gorra de piel marrón, de cuya parte trasera salían unos cables muy delgados que estaban conectados a un teclado.

—¿Qué es esto? —pregunté extrañado mientras me ajustaba la gorra.

—Ahora parpadea —me indicó.

Al parpadear, sonó un acorde. Moví los ojos de izquierda a derecha y sonó otro distinto. Probé guiñando un ojo y sólo sonó una nota.

—Puedes controlarlo totalmente con los ojos —me explicó el señor Toggle orgulloso de su invento—. No necesitas las manos para nada.

—¡Caray! —repetí. No se me ocurría qué decir. Todo aquello era alucinante.

Dirigió la vista hacia una serie de relojes situados junto al panel

de control.

—Llegas tarde a clase, Jerry. El profesor Tetrikus te estará esperando. Dile que ha sido por mi culpa, ¿vale?

—De acuerdo —convine—. Y gracias por enseñarme su taller.

Volvió a sonreírme.

—Pues aún te queda mucho por ver —bromeó—. Esto no es nada. —Se rascó la barba y añadió—: Pero te lo enseñaré a su debido tiempo.

Volví a darle las gracias y me dirigí apresuradamente a la puerta. Eran casi las cuatro y cuarto. Ojalá el profesor Tetrikus no estuviera muy enfadado por mi retraso de quince minutos.

Al cruzar el taller, casi tropiezo con unos armarios cerrados con candado.

En aquel momento, oí una voz muy débil que gritaba:

—¡Socorro!

Acerqué el oído a uno de los armarios y escuché con atención.

La oí con más claridad. Era una voz tenue, apenas perceptible:

—¡Por favor, ayúdame!

19

—¡Señor Toggle! ¿Qué ha sido eso?

El inventor estaba enfrascado en los cables de la gorra que me había enseñado. Levantó la vista con parsimonia.

—¿El qué?

—¡Ese grito! —le dije señalando el armario—. He oído una voz.

El señor Toggle frunció el ceño.

—¡Ah! No es nada. Es sólo material inservible —murmuró volviendo a su trabajo.

—¿Cómo? ¿Material inservible? —No estaba seguro de haberle entendido.

—Sí, trastos que ya no utilizo —repitió—. Más vale que te des prisa, Jerry. El profesor Tetrikus debe de estar impaciente.

Oí de nuevo aquella voz pidiendo auxilio débilmente:

—¡Ayúdame, por favor!

No sabía qué hacer. El señor Toggle me miraba, parecía un poco irritado.

No tenía opción, así que di media vuelta y me dirigí hacia el aula. Aquellos débiles gritos seguían sonando en mis oídos.

Era sábado por la tarde. El camino de la entrada estaba cubierto por unos centímetros de nieve, y salí a retirarla con la pala. No era mucha, teniendo en cuenta que había nevado durante toda la noche.

El día había amanecido claro y el cielo era de un azul intenso. El aire fresco y limpio invitaba a hacer ejercicio, así que no me

molestó tener que quitar la nieve.

Cuando ya casi había terminado y me empezaban a doler los brazos, vi a Kim Li Chin. Bajaba de un Honda de color negro, con la funda del violín en la mano. Seguro que venía de clase.

La había visto un par de veces en la escuela pero, desde aquel día en que salió corriendo, no habíamos vuelto a charlar.

—¡Kim! —la llamé, apoyándome en la pala casi sin aliento—. ¡Hola!

Le dio el violín a su madre y me devolvió el saludo. Después, vino hacia mí, avanzando con dificultad debido a la nieve.

—¿Qué tal te va? —preguntó—. Menuda nevada la de anoche, ¿eh?

Asentí con la cabeza:

—Sí, ¿quieres ayudarme? —le dije mostrándole la pala—. Todavía me queda la acera.

—No, gracias —dijo riendo. Su risa era alegre, como un tintineo. Me recordó el sonido de dos copas al brindar.

—¿Vienes de la clase de violín? —le pregunté.

—Sí, estoy ensayando una pieza de Bach. Es bastante difícil.

—Vas más adelantada que yo —comenté—. Yo todavía estoy con las notas y las escalas.

Su sonrisa se desvaneció y se quedó pensativa.

Hablamos durante un rato sobre la escuela. Le pregunté si quería entrar en casa para tomar una taza de chocolate o alguna otra cosa.

—¿Y qué pasa con la acera? —preguntó ella señalándola—. Creí que tenías que limpiarla.

—No te preocupes. Mi padre estará encantado de hacerlo —bromeé.

Mamá preparó dos tazones de chocolate caliente. Como de costumbre, me quemé la lengua al primer sorbo.

Kim y yo fuimos a la sala de estar. Ella se sentó en la banqueta del piano y tocó un par de notas con suavidad.

—Suenan de maravilla —dijo con expresión seria—. Mejor que el piano de mi madre.

—¿Por qué saliste corriendo aquel día? —solté de repente.

Había estado dándole vueltas a la cabeza desde entonces. Tenía

que saber la respuesta.

Ella bajó la vista hacia el piano y fingió no haberme oído.

—Kim, ¿por qué te fuiste de aquel modo de la escuela? —insistí.

—Por nada en especial —respondió finalmente evitando mirarme a los ojos—. Llegaba tarde a clase. Eso es todo.

Dejé el tazón sobre la mesita de té y me recliné en el sofá.

—Te estaba explicando que iba a ir a la Academia Tetrikus, ¿recuerdas? Entonces, pusiste una cara muy rara y te fuiste corriendo.

Kim suspiró. Apoyó la taza en la falda. Me percaté de que la apretaba con fuerza.

—Jerry, la verdad es que no quiero hablar de ello —dijo con voz dulce—. Me da miedo.

—¿Miedo? —dije sorprendido.

—¿Acaso no has oído las historias que cuentan sobre esa academia?

20

Solté una risita. No sé muy bien por qué. Quizá fuese por la expresión seria de Kim.

—¿Historias? ¿Qué historias?

—Ya te he dicho que no quiero hablar de ello —dijo con determinación. Tomó un sorbo de chocolate.

—Me acabo de mudar y no conozco a mucha gente —le recordé—. No he oído ninguna historia. ¿Qué es lo que cuentan?

—Cosas de la academia —murmuró. Se levantó y se dirigió a la ventana.

—¿Qué tipo de cosas? —insistí—. Venga Kim, ¡cuéntamelo!

—Bueno, cosas como que allí hay monstruos... —respondió observando la nieve—. Monstruos que viven en el sótano.

—¿Monstruos? —Solté una carcajada.

Kim se giró hacia mí.

—Pues yo no le veo la gracia —contestó bruscamente.

—Yo he visto esos «monstruos» de los que hablas —le aclaré.

Me miró sorprendida:

—¿De verdad?

—Sí —repetí—. Son sólo robots de limpieza.

—¿Cómo? —Se quedó boquiabierta. Por poco se tira el chocolate por encima—. ¿Robots de limpieza?

—Sí, el señor Toggle los construyó. Es el conserje de la academia, un verdadero genio en mecánica. Inventa todo tipo de cosas.

—Pero...

—Vi uno el primer día de clase —le interrumpí—. Yo también creí que se trataba de un monstruo. Emitía unos gemidos muy raros y venía directo hacia mí. ¡Casi me desmayo del susto! Pero resultó ser una de las máquinas de limpieza del señor Toggle.

Kimladeó la cabeza y me miró pensativa.

—Bueno, ya sabes que a la gente le gusta exagerar —dijo—. Yo ya me imaginaba que no era cierto. Supongo que las demás historias tendrán una explicación tan lógica como ésta.

—¿Las demás historias? ¿Es que hay más?

—Bueno... —Dudaba de si contármelo o no—. Dicen que hay chicos que fueron allí para dar clases y no volvieron a salir. Simplemente desaparecieron.

—¡Eso es imposible! —exclamé.

—Sí, supongo que sí —convino inmediatamente.

Entonces recordé aquella voz que procedía del armario y que pedía auxilio.

Intenté convencerme de que se trataba de alguno de los inventos del señor Toggle. Seguro que era así. Me había dicho que no era más que material inservible, y no me pareció que estuviera nervioso o preocupado.

—Es increíble cómo empiezan este tipo de historias —observó Kim dirigiéndose de nuevo al piano.

—La verdad es que la academia es vieja y lúgubre —admití—. Realmente parece una mansión embrujada. Supongo que ésa es la razón por la que la gente cuenta esas historias.

—Sí, seguramente —coincidió ella.

—La academia no está embrujada, ¡pero este piano sí! —le dije de golpe. No sé qué es lo que me impulsó a decírselo. Hasta aquel momento, sólo había contado lo del fantasma del piano a mis padres, y a nadie más, porque sabía que nadie iba a creerme.

Kim se sobresaltó y se quedó mirando fijamente el piano.

—¿Embrujado? ¿A qué te refieres? ¿Por qué lo dices?

—Cada noche, cuando todos duermen, oigo que alguien lo está tocando —le expliqué—. Es una mujer. Lo sé porque un día la vi.

Kim se echó a reír:

—Me tomas el pelo, ¿no?

Sacudí la cabeza.

—No, hablo en serio, Kim. Vi a esa mujer una noche. Siempre toca la misma melodía, una y otra vez.

—¡Venga, Jerry! —rezongó Kim.

—Ella me habló. Se le derritió la piel de la cara. Fue... fue horrible, Kim. Sólo se le veía el cráneo, y sus protuberantes ojos no dejaban de observarme. Me advirtió que me mantuviera alejado. Me amenazó.

Me estremecí de miedo. No sé cómo, había conseguido borrar aquellas espantosas imágenes de mi mente. Pero, en aquel momento, al contárselo a Kim, reviví todo de nuevo.

Ella sonreía burlona.

—Cuentas las historias de miedo mejor que yo—. ¿Sabes más?

—¡Esto no es ninguna historia de miedo! —exclamé enfadado. De repente sentía la imperiosa necesidad de que ella me creyera.

Kim estaba a punto de decir algo cuando mi madre asomó la cabeza por la puerta y nos interrumpió:

—Kim, tu madre acaba de llamar por teléfono. Quiere que vayas inmediatamente.

—Creo que es mejor que me marche —dijo ella, dejando el tazón sobre la mesa.

Me levanté para acompañarla a la salida.

Cuando apenas habíamos llegado a la puerta de la sala de estar, empezó a sonar el piano con una extraña mezcla de notas.

—¿Lo oyes? —grité con excitación—. Ahora me crees, ¿verdad?

21

Ambos nos volvimos hacia el piano.

Bonkers estaba paseándose sobre el teclado.

Kim sonrió aliviada.

—Qué gracioso, Jerry. He estado a punto de creerte —dijo.

—Pero... Kim... —farfullé.

La estúpida gata me había hecho quedar mal.

—Nos vemos en la escuela —dijo Kim—. Me encantan tus historias de fantasmas.

—Gracias —dije resignado.

Inmediatamente después me dirigí a la sala de estar para echar a *Bonkers* del piano.

Aquella noche no pude dormir bien. El piano volvió a despertarme.

Me incorporé y vi que la cama estaba totalmente deshecha.

Las sombras del techo parecían moverse al compás de la música.

Al escuchar de nuevo aquella melodía que me resultaba tan familiar, me despejé del todo.

Esta vez no se trataba de *Bonkers*. Seguro que era el fantasma.

Me levanté de la cama. Fuera, el viento sacudía las desnudas ramas de los árboles.

Desde la puerta de mi habitación, oí la música con más claridad.

¿Debía bajar a la sala de estar?

¿Tenía el valor suficiente?

¿Desaparecería el fantasma al verme?

Lo cierto es que me horrorizaba volver a ver aquella espeluznante calavera.

No obstante, decidí que no podía quedarme allí, en la puerta. Tampoco podía volver a la cama como si nada sucediera. Tenía que resolver aquel enigma de una vez por todas.

Una fuerza invisible me impulsó a bajar.

Mientras atravesaba el pasillo, pensé que quizás en esta ocasión papá y mamá oirían también la música.

Puede que incluso vieran al fantasma. ¡Ojalá por fin me creyeran!

Cuando empecé a bajar las escaleras, la imagen de Kim me vino a la cabeza. Ella tampoco me creía. Pensaba que sólo pretendía hacerme el gracioso.

Pero la realidad era que sí había un fantasma en mi casa. Un fantasma que tocaba el piano. Y yo era el único que lo sabía.

Atravesé la salita y continué hasta llegar al comedor.

La melodía sonaba tranquila, apacible, aunque a mí me parecía macabra.

Me detuve titubeante frente a la puerta de la sala de estar: ¿Se desvanecería en el aire al verme entrar? ¿Estaría esperándome?

Armándome de valor, respiré hondo y entré.

22

La vi sentada en la banqueta. Era la misma mujer. Tenía la cabeza inclinada y su larga melena le tapaba la cara, como si estuviera escondida tras una cortina. No se le veían los ojos.

Aquella música parecía envolver todo mi cuerpo, obligándome a acercarme a ella a pesar del miedo.

Me temblaban las piernas pero di un paso, luego otro.

Su figura grisácea parecía una sombra desdibujada que contrastaba con la negritud de aquella noche de invierno.

Balanceaba la cabeza al ritmo de la música. Las mangas de su vestido flotaban con el movimiento de los brazos sobre las teclas.

La música sonó más fuerte. Tan triste y melancólica como siempre.

Me acerqué más a ella. Me costaba respirar.

Dejó de tocar. Tal vez mi jadeo la había alertado de mi presencia.

Levantó la cabeza y, entonces, entre sus cabellos, vi asomar unos ojos tristes, pálidos.

Me quedé totalmente inmóvil y contuve la respiración.

No emití ni un solo sonido.

—Esas historias son ciertas —dijo con un susurro que parecía venir de muy lejos.

No estaba seguro de haber entendido bien sus palabras. Intenté decir algo pero la voz se me atascó en la garganta.

No podía hablar.

—Esas historias son ciertas —repitió con un hilo de voz, como

un débil silbido de aire.

La miré confuso.

—¿Qué... qué historias? —conseguí pronunciar finalmente.

—Esas historias sobre la academia —respondió. El pelo aún le cubría la cara.

Elevó lentamente los brazos por encima del piano.

—Todo es verdad —dijo como un lamento—. Todo eso que cuentan es cierto.

Extendió los brazos hacia mí.

Me quedé paralizado de terror. Solté un espeluznante chillido. Sentí ganas de vomitar.

Los extremos de sus brazos eran una especie de masa deforme. ¡No tenía manos!

23

Lo siguiente que recuerdo es que mamá me estrechaba entre sus brazos.

—Jerry, cálmate, hijo. Todo está bien. Tranquilo —no dejaba de repetir.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Eres tú, mamá?

Levanté la vista y vi a papá, de pie, a unos pasos de mí. Me observaba preocupado, con los brazos cruzados sobre el albornoz.

—Jerry, chillabas tan fuerte que seguro que has despertado a media ciudad —dijo.

Le miré con escepticismo. Ni siquiera recordaba haber chillado.

—Todo irá bien —continuó mamá cariñosamente—. Estás a salvo.

¿A salvo? ¡Nadie estaba a salvo!

De nuevo me vino a la memoria la imagen de la mujer, toda gris, con los cabellos cubriéndole la cara. También recordé el momento en que extendió sus brazos hacia mí, el momento en que vi aquella repugnante masa deforme.

Y de nuevo oí su débil susurro: «Esas historias son ciertas.»

¿Por qué no tenía manos? ¿Por qué?

¿Cómo podía entonces tocar el piano?

¿Y por qué había elegido el mío?

¿Qué pretendía aterrorizándome de aquella manera?

Aquel torbellino de preguntas no paraba de agitarse en mi mente. Sólo sentía ganas de chillar y chillar. Pero no tenía fuerzas.

—Tu madre y yo estábamos profundamente dormidos. Casi nos

matas del susto —intervino papá—. Nunca había oído unos berridos como éstos.

No me acordaba de nada.

Ni de los chillidos, ni de la desaparición del fantasma, ni de que papá y mamá entraran en la sala de estar.

Supuse que todo aquello había sido tan terrorífico que, sin darme cuenta, lo había borrado de mi mente.

—Te prepararé una taza de chocolate —dijo mamá sin soltarme de la mano—. Procura calmarte.

—Lo... lo intentaré —balbucí.

—Seguro que ha tenido otra pesadilla —oí cómo papá le comentaba a mamá—. Esta vez debe de haber sido muy real.

—¡No ha sido una pesadilla! —chillé sintiendo una gran impotencia.

—¡Lo siento, hijo! —se apresuró papá a disculparse. Temía que volviera a ponerme histérico.

Pero era demasiado tarde. No pude controlarme por más tiempo y empecé a chillar:

—¡No quiero tocar el piano! ¡Sacadlo de aquí! ¡Lleváoslo!

—Jerry, por favor —dijo mamá alarmada.

Pero yo estaba histérico:

—¡No quiero tocar el piano! ¡No quiero más clases! ¡No volveré a esa academia! ¡Juro que no volveré!

—¡Está bien, Jerry, está bien! —dijo papá esforzándose para que sus palabras se oyeran en medio de aquel griterío—. De acuerdo, nadie va a obligarte a seguir.

—¿Cómo? —pregunté mirando a ambos, extrañado de que me hubieran tomado en serio.

—Si no deseas continuar con las clases de piano, nos parece bien —añadió mamá con un tono dulce y cariñoso—. El único problema es que ya hemos pagado la próxima clase.

—Sí, es verdad —se apresuró a decir papá—. Cuando vayas a la academia el próximo viernes, le cuentas al profesor Tetrikus que ya no quieres seguir.

—Pero... yo prefiero... —balbucí.

Mamá me tapó la boca con delicadeza:

—Tienes que hablar con el profesor Tetrikus, Jerry. No puedes

dejar de ir así, por las buenas.

—Créenos, Jerry. No vamos a obligarte a que continúes yendo a la academia —explicó papá—. Pero este viernes debes ir.

Mamá buscó mi mirada y concluyó:

—¿Te sientes mejor ahora, cariño?

Miré de soslayo el piano, silencioso y reluciente bajo la débil luz de la habitación.

—Supongo que sí... —murmuré confuso.

El viernes por la tarde, al salir de la escuela, observé que el cielo estaba cubierto por una espesa capa de nubes gris oscuro. Como de costumbre, mamá me llevó en coche a la academia. Recorrió el camino cercado por altos setos, y se detuvo frente a la entrada del oscuro y tenebroso edificio.

Me quedé pensativo. Tal vez podría entrar, explicarle rápidamente al profesor Tetrikus que ya no me interesaba seguir tocando el piano y regresar de nuevo al coche.

Mamá consultó la hora.

—Sólo una clase más, Jerry. Seguro que todo irá bien —me tranquilizó.

Suspiré con tono desconsolado.

—¿Puedes entrar conmigo, mamá? ¿O esperar aquí fuera?

Ella frunció el ceño:

—Jerry, tengo que hacer tres gestiones importantes. Estaré de vuelta dentro de una hora. Te lo prometo.

Resignado, abrí la puerta del coche.

—Si el profesor Tetrikus te pregunta por qué abandonas las clases, puedes decirle que éstas interfieren en tus tareas escolares —añadió.

—De acuerdo, mamá. Nos veremos dentro de una hora —me despedí.

Cerré la puerta de golpe y me quedé mirando cómo el vehículo se alejaba por el camino de grava.

Di media vuelta y entré.

Mientras caminaba hacia la clase del profesor Tetrikus, mis pasos resonaban por todos los pasillos. Pensé que tal vez me encontraría con el señor Toggle, pero no lo vi. Seguramente estaría

en su gigantesco taller, enfrascado en otro de sus increíbles inventos.

Al pasar junto a las aulas, volví a oír el habitual estruendo de muchos pianos sonando a la vez. A través de las ventanillas redondas se veía a los profesores, sonrientes, moviendo las manos y meneando la cabeza al compás de la música que tocaban los alumnos.

Al doblar una esquina e introducirme en otro de aquellos interminables corredores, un extraño pensamiento cruzó mi mente. De repente, me percaté de que durante todo aquel tiempo no había visto a ningún estudiante por los pasillos. Ni tan siquiera uno.

De pronto, una voz interrumpió mis pensamientos:

—¿Cómo estás hoy, Jerry?

Era el profesor Tetrikus. Me esperaba en la puerta del aula, sonriente.

—Bien... —respondí entrando con él.

El profesor llevaba unos pantalones anchos de color gris y unos tirantes de un color rojo chillón sobre una camisa blanca. Parecía que no se hubiera peinado en varias semanas. Me indicó que me sentara en la banqueta.

Me senté e, inquieto, apoyé las manos sobre las piernas. Quería hablar con él antes de empezar la clase.

—Mm..., profesor Tetrikus...

Se acercó a mí.

—Sí, ¿decías? —Me miró con aire interrogante.

—Bueno... Quería decirle... que hoy será mi último día —dije tímidamente—. Mm... He decidido dejar las clases.

Su sonrisa desapareció y me agarró por la muñeca.

—¡No! —exclamó, y añadió con un gruñido amenazador—: Tú no te vas de aquí, Jerry.

—¿Qué? —grité.

Me apretó la muñeca con más fuerza. Empezaba a hacerme daño.

—¿Abandonar las clases? —exclamó—. ¡No con esas manos, pequeño!

Su cara me pareció diabólica.

—¡No puedes dejarlo, Jerry! ¡Necesito tus maravillosas manos!

24

—¡Suélteme! —chillé.

Haciendo caso omiso de mi súplica y apretándome la muñeca con más fuerza, me lanzó una mirada de amenaza.

—Estas manos son perfectas, perfectas... —murmuró.

—¡Noo!

Finalmente conseguí liberarme, me levanté de un salto y eché a correr hacia la puerta.

—¡Vuelve aquí, Jerry! —gritó él muy enfadado—. ¡No tienes escapatoria!

Empezó a perseguirme, corriendo a grandes zancadas a pesar de la rigidez de su cuerpo.

Empujé la puerta y miré desesperado a ambos lados del oscuro pasillo que, como siempre, estaba vacío. Sólo se oía el estrépito de los pianos.

—¡Vuelve, Jerry! —vociferó.

—¡Noo! —grité de nuevo.

Dudé unos instantes. Intentaba recordar el camino correcto, el que llevaba a la salida. Sin pensarlo más, salí de estampida.

El ruido de mis pasos retumbaba a lo largo del pasillo. Corrí tan rápido como pude, más rápido de lo que jamás había corrido en mi vida.

Tanto, que oía la música de los pianos como un zumbido lejano.

Pero, para mi sorpresa, el profesor Tetrikus seguía detrás de mí.

—¡He dicho que vuelvas, Jerry! —gritó de nuevo. Su voz no denotaba que estuviera cansado—. ¡Vuelve! No podrás escapar de

mí.

Volví la vista atrás y vi que cada vez lo tenía más cerca.

Presa del pánico, sentí como si fuera a asfixiarme. Me costaba respirar, me dolían las piernas, el corazón me latía con tanta fuerza que parecía a punto de estallar.

Doblé otra esquina y seguí corriendo por otro pasillo.

¿Dónde estaba? ¿Me había vuelto a perder?

No podía saberlo. Aquel pasillo era exactamente igual que todos los demás.

«Quizás él tenga razón. ¡Quizá no pueda salir nunca de aquí!», pensé aterrorizado, sintiendo el pulso en las sienes.

Me introduje en un nuevo corredor. ¡Ojalá encontrara al señor Toggle! Tal vez él me ayudaría. Pero no había nadie. Sólo música y más música.

—¡Vuelve, Jerry! ¡No te servirá de nada intentar escapar!

—¡Señor Toggle! —chillé con voz aguda, casi sin aliento—. ¡Señor Toggle, ayúdeme! ¡Ayúdeme, por favor!

Al doblar una nueva esquina, casi me caigo. El suelo estaba resbaladizo. Me detuve para hacer una inspiración profunda y vi una enorme puerta frente a mí. ¿Sería la salida?

No lograba recordarlo. Aún jadeando, empujé con ambas manos para tratar de abrirla.

—¡No! —Oí el grito del profesor Tetrikus detrás de mí—. ¡No, Jerry! ¡No entres en el auditorio!

Demasiado tarde. Ya estaba dentro.

Era una sala inmensa, poco iluminada.

La música allí era ensordecedora, como el retumbar de truenos interminables.

Al principio, no podía ver con claridad, pero, poco a poco, empecé a distinguir las cosas.

Había largas hileras de pianos. Y junto a cada uno de ellos, un profesor. Todos eran muy parecidos. Todos movían alegremente la cabeza al compás de la música.

Esta no cesaba de sonar.

Todos los pianos tocaban a la vez, pero yo no conseguía ver quién los tocaba.

De repente, me quedé paralizado de terror. ¡Eran manos!

¡Manos!

¡Manos humanas que se deslizaban solas sobre los teclados!

25

Observé horrorizado cómo aquellas manos sin cuerpo tocaban y tocaban sin parar.

Todos los profesores eran calvos e iban vestidos del mismo modo, con un traje de color gris. No dejaban de sonreír y balancear la cabeza, cerrando y abriendo los ojos al compás de aquel macabro concierto.

¡Manos! ¡Manos vivientes!

Estaba aturdido, no podía creer lo que veía. De pronto, el profesor Tetricus irrumpió en la sala. Se abalanzó sobre mí intentando agarrarme por las piernas. No sé cómo, pero logré esquivarle.

Soltó un chillido y cayó de bruces. Su cuerpo se deslizó sobre el suelo resbaladizo. Estaba rojo de ira.

Aproveché para alejarme a toda prisa de aquella sala endemoniada y corrí hacia la puerta.

Sin embargo, el profesor era más ágil de lo que yo imaginaba. A los pocos segundos, ya se había puesto en pie y corría hacia mí.

Me bloqueó el paso. Intenté dar media vuelta para escapar de él, pero perdí el equilibrio y caí.

Me sentí atrapado en un torbellino de notas. Levanté la vista: las manos seguían aporreando los teclados.

Desesperado, intenté ponerme en pie.

Demasiado tarde.

Me topé de lleno con su cara. Sonreía victorioso.

26

—¡Aah! —chillé al verme acorralado.

El profesor Tetrikus se agachó y me agarró con fuerza por uno de los tobillos.

—No escaparás de mí, Jerry —dijo fríamente.

—¡Suélteme! ¡Suélteme! —Intenté escabullir-me, pero tenía una fuerza increíble. Y no conseguía liberarme—. ¡Socorro! ¡Que alguien me ayude! —chillé con todas mis fuerzas para que mi voz se oyera a pesar de los pianos.

—Quiero tus manos, Jerry —continuó—. Tus maravillosas manos.

—¡No puede hacer eso!

La puerta se abrió de golpe.

El señor Toggle entró corriendo en la sala, con expresión confusa. Echó una rápida ojeada al enorme auditorio.

—¡Señor Toggle! —exclamé sintiendo un gran alivio—. ¡Ayúdeme! ¡Está loco!

—¡Tranquilo, Jerry! —gritó el señor Toggle.

—¡Ayúdeme! ¡Rápido!

—¡Tranquilo! —repitió.

—Jerry, no podrás huir de mí —dijo el profesor Tetrikus sujetándome fuertemente.

Mientras luchaba por liberarme, vi que el señor Toggle corría hacia la pared del fondo. Abrió un armario de metal, tras el que había un panel de control.

—¡Tranquilo! ¡Tranquilo! —no dejaba de repetir.

Desconectó uno de los mandos del panel.

Al instante, el profesor Tetrikus me soltó.

Me arrastré, resoplando por el esfuerzo.

El profesor se quedó estático. Los brazos le colgaban a ambos lados del cuerpo. Tenía los ojos cerrados y la cabeza inclinada de un modo muy extraño.

Estaba completamente inmóvil.

«¡Es como un robot!», pensé asombrado.

—¿Estás bien, Jerry? —preguntó el señor Toggle, que había corrido a mi lado.

Yo temblaba de pánico. La música martilleaba dentro de mi cabeza. Todo empezó a darme vueltas.

Me llevé las manos a los oídos, intentando mitigar ese horripilante estruendo.

—¡Que paren de tocar! ¡Dícales que paren! —grité.

El señor Toggle se apresuró de nuevo hacia el panel de control y tiró de otro cable.

La música cesó. Las manos pararon en seco de tocar y los profesores dejaron de balancear la cabeza.

—¡Robots! ¡Todos son robots! —murmuré todavía tembloroso.

El señor Toggle se acercó de nuevo a mí.

—¿Estás bien? —insistió preocupado.

—El profesor Tetrikus... es un robot... —susurré.

—Sí, él es mi creación más preciada —declaró el señor Toggle sonriendo. Puso su mano sobre el hombro sin vida del profesor Tetrikus—. ¿A que parece de verdad?

—Todos... son robots —balbucí señalando a los profesores, totalmente estáticos junto a los pianos.

El asintió.

—¡Bah! Ésos son muy anticuados —prosiguió orgulloso, apoyándose sobre el profesor—. No son modelos tan avanzados como mi buen amigo, el profesor Tetrikus.

—¿Usted ha hecho todo esto? —pregunté.

El señor Toggle asintió satisfecho:

—Sí, todos y cada uno de ellos.

No conseguía dejar de temblar. Me sentía mal. Quería salir de allí.

—Gracias por detenerlos. Supongo que el profesor Tetrikus se ha estropeado, o algo parecido. Bueno..., ahora tengo que irme —dijo en voz baja.

Me dirigí hacia la puerta. Me sentía débil.

—Todavía no —dijo. Me puso la mano en el hombro con delicadeza.

—¿Cómo? —Me giré hacia él.

—Aún no puedes irte —dijo con tono grave—. Verás, necesito tus manos.

—¿Qué?

Señaló un piano que había en una de las paredes. Junto a él, había un profesor como los demás, sonriente, estático. Pero no se veían ningunas manos sobre aquel teclado.

—¡Ése será tu piano, Jerry!

27

Empecé a retroceder muy lentamente hacia la puerta.

—Por... ¿por qué? —tartamudeé—. ¿Para qué quiere mis manos?

—Verás, las manos humanas son muy difíciles de construir. Tienen demasiadas articulaciones.

Se rascó la barba y se aproximó a mí.

—Pero... —empecé, mientras daba otro paso atrás.

—Puedo conseguir que las manos toquen perfectamente —me interrumpió el señor Toggle, con la mirada fija en mis ojos—. He diseñado programas de ordenador que las hacen tocar mejor que el más grande de los pianistas. ¡Pero no puedo construirlas! ¡Necesito las de los alumnos!

—Pero, ¿por qué? —exclamé—. ¿Por qué hace esto?

—Para llegar a la auténtica perfección musical —respondió, acercándose más a mí—. Adoro la música, Jerry. Y la música es mucho más perfecta, más sublime, cuando el hombre no interfiere en ella. —Dio otro paso hacia mí, y después otro—. Me comprendes, ¿verdad? —Su mirada era siniestra.

—¡No! —grité—. ¡No lo entiendo! ¡No puede quedarse con mis manos! ¡No puede hacer eso!

Di un paso atrás. Todavía me temblaban las piernas.

La única oportunidad que tenía para escapar de él y salir de aquel maldito edificio, mi única esperanza, era atravesar aquella puerta.

Sacando fuerzas de flaqueza y sobreponiéndome al miedo, me

giré hacia ella.

—¡Aah! —chillé al ver que un fantasma aparecía frente a mí.

¡Era ella! ¡El fantasma! ¡La mujer del piano!

Tenía los ojos rojos como el fuego. Lanzó un chillido de furia y, flotando en el aire, vino hacia mí, bloqueándome el paso.

«¡Esto es el fin!», pensé.

Estaba atrapado entre el señor Toggle y el fantasma.

Ya no tenía escapatoria.

28

—Te lo advertí —gritó ella, con los ojos encendidos de furia—. Te lo advertí.

—¡No! ¡Por favor! —conseguí gritar con voz entrecortada. Me tapé la cara con las manos, para protegerme de ella—. ¡No me hagas daño, por favor!

Para mi sorpresa, pasó de largo.

Su mirada estaba fija en el señor Toggle.

Éste se echó hacia atrás, aterrorizado.

Ella levantó los brazos y gritó:

—¡Despertad! ¡Despertad!

Al agitar el fantasma los brazos, percibí sobre los pianos un movimiento que se convirtió en una especie de niebla. De cada instrumento comenzaron a elevarse grises jirones de humo.

Me dejé caer contra la puerta, con los ojos abiertos como platos. No podía creer lo que estaba presenciando.

Aquella nebulosa empezó a tomar forma.

¡Eran fantasmas!

Fantasmas de chicos, chicas, hombres y mujeres.

Los observé horrorizado mientras se alzaban. Se miraban las manos, incrédulos. No paraban de mover los dedos.

Y, entonces, ondeando los brazos en el aire, los fantasmas se alejaron flotando de los pianos y formaron una fila. Iban directos hacia el señor Toggle.

—¡Noo! ¡Marchaos! —chilló éste.

Dio media vuelta y huyó hacia la puerta. Pero yo me interpose

en su camino.

Se abalanzaron sobre él y lo tiraron al suelo. Intentó levantarse pero los fantasmas lo sujetaban con fuerza.

—¡Soltadme! ¡Soltadme! —gritaba, intentando desesperadamente liberarse.

Pero aquel ejército de manos lo tenía totalmente aprisionado contra el suelo, boca abajo.

La mujer se volvió hacia mí:

—¡Intenté alertarte! ¡Pretendía asustarte para que te fueras! Yo vivía en tu casa y fui una de las víctimas de esta academia. ¡Intenté evitar que cayeras en la trampa!

—Yo... yo...

—¡Rápido! —me ordenó—. ¡Ve a pedir ayuda!

Pero estaba paralizado de terror, demasiado aturdido para poder moverme.

Observé sobrecochado cómo los fantasmas levantaban al señor Toggle por encima del suelo. Él se retorció y luchaba por zafarse de aquella fuerza sobrenatural. Pero le resultaba imposible.

Lo sacaron de la sala. Los seguí hasta la entrada principal.

En la espesura del bosque que había junto a la academia, el señor Toggle parecía flotar en el aire. Las manos siguieron transportándolo hasta que desapareció entre los frondosos árboles.

En aquel momento, tuve la absoluta certeza de que no lo volvería a ver jamás.

Me volví hacia la mujer para agradecerle todo lo que había intentado hacer por mí.

Pero ella también había desaparecido.

Estaba completamente solo.

El pasillo que se extendía tras de mí estaba vacío. Reinaba un silencio sepulcral.

La música había dejado de sonar... para siempre.

Unas semanas más tarde, mi vida había vuelto prácticamente a la normalidad.

Papá puso un anuncio en el periódico y en poco tiempo logró vender el piano a una familia del otro lado de la ciudad. En el mismo lugar donde había estado el piano, instalamos una gran

pantalla de televisión.

Nunca más volví a ver a aquella mujer. Tal vez decidió seguir junto a su piano. Jamás lo sabré.

Conseguí acostumbrarme a la nueva escuela e hice buenos amigos. Incluso entré a formar parte del equipo de baloncesto.

Aunque no soy un gran encestador, me muevo bien en la cancha. Todos dicen que tengo unas manos excelentes.



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.